

JOSUÉ

Introducción

El libro de Josué mira en dos direcciones: hacia atrás, completando la salida de Egipto con la entrada en Canaán; y hacia adelante, inaugurando una nueva etapa en la vida del pueblo con el paso a la vida sedentaria.

Por lo primero, algunos añaden este libro al Pentateuco y hablan de un «Hexateuco». Sin la figura y obra de Josué, la epopeya de Moisés queda violentamente truncada. Con el libro de Josué, el libro del Éxodo alcanza su conclusión natural.

Por lo segundo, otros juntan este libro a los siguientes, para formar una obra que llaman Historia Deuteronomística –Por su parentesco espiritual con el libro del Deuteronomio–. A esta obra pertenecerían varios elementos narrativos del Deuteronomio, que preparan la sucesión de Josué.

Intención del autor. El autor tardó que compuso este libro, valiéndose de materiales existentes, se guió por el principio de simplificar. Lo que, seguramente, fue un proceso lento y diversificado en la tierra prometida, está visto como un esfuerzo colectivo bajo una dirección única: todo el pueblo a las órdenes de Josué.

Como sucesor de Moisés, tendrá que cumplir sus órdenes, llevar a término la empresa, imitar a su jefe. La tarea de Josué es doble: conquistar la tierra y repartirla entre las tribus. En otros términos: el paso de la vida seminómada a la vida sedentaria, de una cultura pastoral y trashumante a una cultura agrícola y urbana. Un proceso lento, secular, se reduce épicamente a un impulso bélico y un reparto único. Una penetración militar, una campaña al sur y otra al norte, y la conquista está concluida en pocos capítulos y en una carrera triunfal.

Historia y arqueología. La simplificación del libro no da garantías de historicidad. El autor no es un historiador sino un teólogo. A la fidelidad a la alianza, Dios responde con su mano poderosa a favor del pueblo, de ahí que todo aparece fácil y prodigioso: el río Jordán se abre para dar paso a Israel y todos los obstáculos van cayendo, hasta las mismas murallas de Jericó que se desploman al estallido de las trompetas.

La historia y la arqueología, sin embargo, nos dan el marco en el que podrían haber sucedido los hechos y relatos narrados. La época en la que mejor encaja el movimiento de los israelitas es el s. XIII a.C. Un cambio histórico sacudió a los imperios que mantenían un equilibrio de fuerzas en el Medio Oriente, sumiéndolos en la decadencia y abriendo las puertas a nuevos oleajes migratorios. Es también el tiempo en que fermenta una nueva cultura. La edad del Hierro va sucediendo a la del Bronce; la lengua aramea se va extendiendo y ganando prestigio.

Por el lado del desierto empujan las tribus nómadas, como el viento las dunas. Por todas partes se infiltran estas tribus, con movimientos flexibles, para saquear o en busca de una vida sedentaria, fija y segura. Entre estos nómadas vienen los israelitas y van penetrando las zonas de Palestina por infiltración pacífica y asentamientos estables a lo largo de un par de generaciones. Una vez dentro, se alzan en armas y desbancan la hegemonía de las ciudades-estado.

La figura de Josué. El libro lo presenta como continuador y como imitador de Moisés. Con todo, la distancia entre ambos es incolmable. Josué no promulga leyes en nombre de Dios. Tiene que cumplir órdenes y encargos de Moisés o contenidos en la Ley. Pero, sobre todo, no goza de la misma intimidad con Dios. Al contrario, la figura de Josué es tan apagada como esquemática.

El autor o autores se han preocupado de irlo introduciendo en el relato, como colaborador de Moisés en el Sinaí, en momentos críticos del desierto, para ser nombrado, finalmente, su sucesor.

Fuera del libro llama la atención su ausencia donde esperábamos encontrarlo: ni él ni sus hazañas se enumeran en los recuentos clásicos de 1 Sm 12; Sal 78; 105; 106. Tampoco figura en textos que se refieren a la ocupación de la tierra: Sal 44; 68; 80.

Mensaje religioso. El libro de Josué presenta un grave problema ético para el lector de hoy. ¿Cómo se justifica la invasión de territorios ajenos, la conquista por la fuerza, la matanza de reyes, gente inocente y poblaciones enteras, que el narrador parece conmemorar con gozo exultante?

Es probable que no haya existido tal conquista violenta ni tales matanzas colectivas, sino que los israelitas se hayan infiltrado pacíficamente y defendido, quizás excesivamente, cuando atacados. Si los hechos fueron más pacíficos que violentos, ¿por qué contarlos de esta manera? ¿Por qué aureolar a Josué con un cerco de sangre inocente? Por si fuera poco, todo es atribuido a Dios, que da las órdenes y asiste a la ejecución.

¿En qué sentido es Dios un Dios liberador? Hay un territorio pacíficamente habitado y cultivado por los cananeos: ¿con qué derecho se apoderan de él los israelitas, desalojando a sus dueños por la fuerza? La respuesta del libro es que Dios se lo entrega. Lo cual hace aún más difícil la lectura.

La lectura de este libro y de otros episodios parecidos del Antiguo Testamento deja colgando estas preguntas. Pero, ni este relato de la conquista ni la historia Deuteronomica son la última palabra. Por encima del «Yehoshuá» (Josué) de este libro, está el «Yehoshuá» (Jesús) de Nazaret, que Dios pronuncia y es la primera y última palabra de toda la historia.

El pueblo de Israel es escogido por Dios en el estadio de barbarie cultural en que se encuentra y conducido a un proceso de maduración, dejando actuar la dialéctica de la historia. Acepta, aunque no justifica, la ejecución humana torpe de un designio superior. Y éste es el mensaje del libro: por encima de Moisés y de Josué,

garantizando la continuidad de mando y empresa, se alza el protagonismo de Dios. La tierra es promesa de Dios, es decir, ya era palabra antes de ser hecho, y será hecho en virtud de aquella palabra. Jesús de Nazaret ha dado toda su dimensión a esta palabra-promesa de Dios con respecto a la tierra: es de todos, para ser compartida por todos en la paz y solidaridad que produce un amor sin fronteras.

CONQUISTA DE LA TIERRA^a

El Señor llama a Josué^b

1 ¹Después que murió Moisés, siervo del Señor, dijo el Señor a Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés:

²–Moisés, mi siervo, ha muerto. Ahora, levántate y pasa el Jordán con todo este pueblo, para ir hacia el país que voy a darles. ³La tierra donde ustedes pongan la planta del pie yo se la doy, tal como prometí a Moisés. ⁴Su territorio se extenderá desde el desierto hasta el Líbano, desde el gran río Éufrates hasta el Mediterráneo, al occidente. ⁵Mientras vivas nadie podrá resistirte. Como estuve con Moisés estaré contigo; no te dejaré ni te abandonaré. ⁶¡Ánimo, sé valiente!, que tú repartirás a este pueblo la tierra que prometí con juramento a sus padres. ⁷Tú ten mucho ánimo y sé valiente para cumplir todo lo que te mandó mi siervo Moisés; no te desvíes ni a derecha ni a la izquierda, y tendrás éxito en todas tus empresas. ⁸Que el libro de esa ley no se te caiga de los labios; medítalo día y noche, para poner en práctica todas sus cláusulas; así prosperarán tus empresas y tendrás éxito. ⁹¡Yo te lo mando! ¡Ánimo, sé valiente! No te asustes ni te acobardes, que el Señor, tu Dios, estará contigo en todas tus empresas.

¹⁰Entonces Josué ordenó a los escribas del pueblo:

¹¹–Recorran el campamento y ordenen al pueblo que prepare provisiones porque dentro de tres días pasarán el Jordán para ir a tomar posesión de la tierra que el Señor, su Dios, les da en propiedad.

¹²A los de las tribus de Rubén y de Gad y a la media tribu de Manasés les dijo:

^a **CONQUISTA DE LA TIERRA: 1,1–12,24.** Esta primera parte del libro narra las campañas conquistadoras de los israelitas al mando de Josué. Por supuesto que no se trata de una historia, en sentido objetivo, de la conquista de Canaán, ni los autores tenían ese propósito. Lo que encontramos aquí es una simplificación ya teologizada de unos hechos –no sabemos cuáles exactamente– que dieron como resultado el asentamiento de unos grupos seminómadas en territorio cananeo, unificados en torno a una fe común el Señor y a un único proyecto socio-político y económico: una sociedad solidaria e igualitaria que hiciera de contrapeso al modelo vigente, el que hemos dado en llamar tributario o faraónico, impuesto por Egipto. Por otra parte, la conquista y el reparto de la tierra, ejes del libro, son la concreción de lo que el Pentateuco deja sin resolver: la posesión de la tierra como cumplimiento de las promesas divinas hechas a los Patriarcas. Este trabajo lo realiza la corriente literario-teológica deuteronomista (**D**), mediante una monumental obra que intenta responder a varios cuestionamientos: Por qué se debía poseer un territorio (Deuteronomio); cómo se adquirió dicho territorio (Josué); qué se debía realizar en él (Jueces–1 Samuel); en qué terminó el proceso de conquista y cómo evolucionó (2 Samuel–2 Reyes). Por tratarse de una historia que se narra varios siglos después de sucedidos los hechos, los datos son más teológicos que objetivos; por tanto, no hemos de tomar al pie de la letra ninguna de las descripciones de las campañas conquistadoras, sino más bien descubrir la intencionalidad de fondo que mueve al redactor o los redactores. Para ello es necesario tener presentes dos herramientas imprescindibles: 1. El criterio último de justicia, con el que debemos leer cualquier pasaje de la Escritura. 2. El análisis de la situación socio-política, económica y religiosa que están viviendo los primeros destinatarios de la obra a la cual intentan responder los autores, en concreto, la desesperanza, la pérdida de fe. Esta obra trata de ayudar a los oyentes a recuperar todo eso que está a punto de perderse. Para los israelitas de entonces, la obra de la corriente deuteronomista (**D**) resultó ser toda una profecía; he ahí por qué estos libros son catalogados en la Biblia Hebrea como «Profetas»: no sólo porque muchos años después de su aparición la conciencia israelita creyó que cada libro había sido escrito por el personaje central del libro –Josué, Samuel, etc.–, sino por el contenido mismo, cargado de verdaderas enseñanzas proféticas. Con estas premisas, pues, empecemos la lectura del libro.

^b **1,1-18 El Señor llama a Josué.** Ya sabemos por Nm 34,17 y Dt 31,23 que el sucesor de Moisés en la conducción del pueblo es Josué, así que lo que encontramos aquí es sencillamente la ratificación divina de esa sucesión. La intencionalidad de este capítulo es ante todo programática: en primer lugar, dar continuidad a la obra de la liberación, que no concluyó con la salida de Egipto ni con la travesía por el desierto; segundo, establecer las bases de la asistencia divina a este proyecto, que estará con Josué y nunca lo abandonará, siempre y cuando no aparte de sus labios la Ley (8); y, en tercer lugar, ratificar a las tribus de Rubén y Gad y a la media tribu de Manasés en el territorio que les había otorgado Moisés (Nm 32), recordándoles el compromiso adquirido de atravesar el Jordán junto con sus demás hermanos para ayudarlos en las tareas de la conquista del territorio cananeo.

¹³—Recuerden lo que les mandó Moisés, siervo del Señor cuando dijo: El Señor, su Dios, les va a dar descanso entregándoles esta tierra. ¹⁴Sus mujeres, chiquillos y ganado pueden quedarse en la tierra que les dio Moisés en Transjordania; pero ustedes, los soldados, pasarán el Jordán bien armados al frente de sus hermanos, para ayudarlos ¹⁵hasta que el Señor les dé el descanso lo mismo que a ustedes y también ellos tomen posesión de la tierra que el Señor, su Dios, les va a dar; después volverán a la tierra de su propiedad, la que Moisés, siervo del Señor, les dio en Transjordania.

¹⁶Ellos le respondieron:

—Haremos lo que nos ordenes, iremos a donde nos mandes; ¹⁷te obedeceremos a ti igual que obedecimos a Moisés. Basta que el Señor esté contigo como estuvo con él. ¹⁸El que se rebele y no obedezca tus órdenes, las que sean, que muera. ¡Tú ten ánimo, sé valiente!

Los espías^c

2 ¹Josué, hijo de Nun, mandó en secreto dos espías desde Sittim con el encargo de examinar el país diciéndoles:

—Vayan a inspeccionar el país.

Ellos se fueron, llegaron a Jericó, entraron en casa de una prostituta llamada Rajab y se hospedaron allí. ²Pero alguien dio aviso al rey de Jericó diciéndole:

—¡Cuidado! Esta tarde han llegado aquí unos israelitas y vienen a reconocer el país.

³El rey de Jericó mandó a decir a Rajab:

—Saca a los hombres que han entrado en tu casa, porque son espías y han venido a reconocer todo el país.

⁴Ella, que había metido a los dos hombres en un escondite, respondió:

—Es cierto, vinieron aquí; pero yo no sabía de dónde eran. ⁵Se fueron al caer la noche cuando se iban a cerrar las puertas de la ciudad y no sé adónde habrán ido. Salgan enseguida tras ellos, porque todavía pueden alcanzarlos.

⁶Rajab había hecho subir a los espías a la azotea, y los había escondido entre los haces de lino que tenía apilados allí. ⁷Los guardias salieron a perseguirlos por el camino del Jordán, hacia los vados; en cuanto salieron, se cerraron las puertas de la ciudad.

⁸Antes de que los espías se durmieran, Rajab subió a la azotea, ⁹y les dijo:

—Sé que el Señor les ha entregado el país, porque el terror que ustedes inspiran se ha apoderado de nosotros y todos los habitantes han quedado espantados a la vista de ustedes; ¹⁰porque hemos oído que el Señor cuando los sacó de Egipto secó el agua del Mar Rojo ante ustedes y también lo que hicieron con los dos reyes amorreos de Transjordania, a quienes ustedes exterminaron; ¹¹al enterarnos de eso nuestro corazón desfalleció, y todos se han quedado sin aliento para enfrentarse con ustedes; porque el Señor, su Dios, es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra. ¹²Ahora, júrenme por el Señor, que así como yo los he protegido, ustedes tendrán compasión de mi familia. Denme una señal segura ¹³de que dejarán con vida a mi padre y a mi madre, a mis hermanos y hermanas y a todos los suyos y que nos librarán de la matanza.

¹⁴Los hombres le dijeron:

—¡Nuestra vida a cambio de la vida de ustedes, con tal que no nos denuncies! Cuando el Señor nos entregue el país, seremos buenos y leales contigo.

¹⁵Entonces ella se puso a descolgarlos con una soga por la ventana, porque la casa donde vivía estaba pegando a la muralla, ¹⁶y les dijo:

^c **2,1-24 Los espías.** Una vez más, el país de Canaán es explorado; ya Moisés lo había hecho cuando estaban a punto de terminar la travesía del desierto. Jericó es paso obligado para quienes pretenden ingresar a Canaán desde el sur, de manera que el primer obstáculo que deben vencer los israelitas será esta ciudad. Más allá del ropaje externo con que el autor reviste este relato, la intención es enseñar que Dios va cumpliendo la promesa de su asistencia en la conquista del territorio y al mismo tiempo anticipar que quienes reconozcan que este pueblo invasor está asistido por el Dios liberador de Egipto sobrevivirán; de lo contrario, desaparecerán.

–Vayan al monte, para que no los encuentren los que andan buscándolos, y quédense allí escondidos tres días, hasta que ellos regresen; luego ustedes, podrán seguir su camino.

¹⁷Ellos le contestaron:

–Nosotros respondemos de ese juramento que nos has exigido, con esta condición: ¹⁸cuando nosotros entremos en el país, tú atarás esta cinta roja a la ventana por la que nos descuelgas, y reunirás contigo, dentro de la casa a tu padre y tu madre, a tus hermanos y toda tu familia. ¹⁹El que salga a la calle, será responsable de su muerte, no nosotros; en cambio nosotros seremos responsables de la muerte de cualquiera que esté contigo en tu casa si alguien lo toca. ²⁰Pero si nos denuncias, no respondemos del juramento que nos has exigido.

²¹Ella contestó:

–De acuerdo.

Y los despidió. Se marcharon, y ella ató a la ventana la cinta roja.

²²Se marcharon al monte, y estuvieron allí tres días, hasta que regresaron los perseguidores; quienes por más que los buscaron por todo el camino, no los encontraron. ²³Los dos hombres se volvieron monte abajo, cruzaron el río, llegaron hasta Josué y le contaron todo lo que les había pasado ²⁴y le dijeron:

–El Señor nos entrega todo el país. Toda la gente tiembla ante nosotros.

Paso del Jordán^d

(Éx 14s)

3 ¹Josué madrugó, levantó el campamento de Sittim, llegó hasta el Jordán con todos los israelitas y pasaron allí la noche antes de cruzarlo.

²Al cabo de tres días, los escribas recorrieron el campamento, ³dando esta orden a la gente:

–Cuando vean moverse el arca de la alianza del Señor, nuestro Dios, llevada por los sacerdotes levitas, empiecen a caminar desde sus puestos detrás de ella. ⁴Pero dejen entre ustedes y el arca una distancia aproximada de mil metros, no se acerquen a ella. Así sabrán por dónde tienen que ir, porque ninguno de ustedes ha pasado antes por ese camino.

⁵Y Josué ordenó al pueblo:

–Purifíquense, porque mañana el Señor hará prodigios en medio de ustedes.

⁶Josué ordenó a los sacerdotes:

–Levanten el arca de la alianza y pasen el río delante de la gente.

Levantaron el arca de la alianza y marcharon delante de la gente.

⁷El Señor dijo a Josué:

–Hoy empezaré a engrandecerte ante todo Israel, para que vean que estoy contigo como estuve con Moisés. ⁸Tú ordena a los sacerdotes portadores del arca de la alianza que cuando lleguen a la orilla se detengan en el Jordán.

⁹Josué dijo a los israelitas:

–Acérquense aquí a escuchar las palabras del Señor, su Dios. ¹⁰Y dijo Josué: Así conocerán que un Dios vivo está en medio de ustedes, y que va a expulsar ante ustedes a cananeos, hititas, heveos, fereceos, guirgaseos, amorreos y jebuseos.

¹¹Miren, el arca de la alianza del dueño de toda la tierra va a pasar el Jordán delante de ustedes. ¹²Ahora elijan doce hombres de las tribus de Israel, uno de

^d **3,1–5,1 Paso del Jordán.** En la mente de los redactores de la corriente sacerdotal (**P**), la salida de Egipto no podía darse sin un marco espectacular; del mismo modo, para la corriente deuteronomista (**D**) era necesario enmarcar el paso del desierto a la tierra fértil, a la tierra de la libertad, en otro hecho maravilloso: las aguas del Jordán se abren para dar paso a un pueblo libre que, se supone, ha superado la prueba del desierto. Hay un especial cuidado en hacer ver que las aguas no se abren para dar paso a la multitud sólo porque ésta se aproxime a la orilla; las aguas se detienen sólo cuando en ellas ha penetrado el arca de la alianza. Si el pueblo no pone por delante su compromiso con Dios, o mejor, si el pueblo no camina detrás del proyecto de la vida que Dios le propone, no puede sobrevivir, los obstáculos no se retirarán de su camino. Las aguas del Jordán se cierran de nuevo una vez que el arca, símbolo de la Presencia, de la Palabra, del Proyecto de Dios se ha retirado de en medio; igualmente se anegará la vida de Israel el día que quite de en medio al Dios vivo. Pero si lo mantiene, tendrá vida y todo el mundo temblará ante Él; es decir, tendrá argumentos y señales concretos para demostrar en qué consiste tener al Dios de la vida en medio del pueblo. Esto lo podían entender a cabalidad los oyentes de la época de la redacción del libro, porque justamente estaban experimentando en carne propia lo que significa apartar al Señor –o apartar al Señor y su propuesta de vida– de su camino.

cada tribu. ¹³Y cuando los pies de los sacerdotes que llevan el arca de la alianza del dueño de toda la tierra pisen el Jordán, la corriente del Jordán se cortará: el agua que viene de arriba se detendrá formando un embalse.

¹⁴Cuando la gente levantó el campamento para pasar el Jordán, los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza caminaron delante de la gente. ¹⁵Y al llegar al Jordán, en cuanto se mojaron los pies en el agua —el Jordán va hasta los bordes todo el tiempo de la cosecha—, ¹⁶el agua que venía de arriba se detuvo, creció formando un embalse que llegaba muy lejos, hasta Adán, un pueblo cerca de Sartan, y el agua que bajaba al mar del desierto, al Mar Muerto, se cortó del todo. Así, el pueblo cruzó a la altura de Jericó.

¹⁷Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza del Señor estaban quietos en el cauce seco, firmes en medio del Jordán, mientras Israel iba pasando por el cauce seco, hasta que todo el pueblo terminó de pasar el Jordán.

4 ¹Cuando todo el pueblo acabó de pasar el Jordán, dijo el Señor a Josué:

²—Elige a doce hombres del pueblo, uno de cada tribu, ³y mándales sacar de aquí, del medio del Jordán, donde han pisado los sacerdotes, doce piedras; que las lleven y las coloquen en el sitio donde van a pasar la noche.

⁴Josué llamó a los doce hombres de Israel que había elegido, uno de cada tribu, ⁵y les dijo:

—Vayan hasta el medio del Jordán, ante el arca del Señor, su Dios, y cargue cada uno al hombro una piedra, una por cada tribu de Israel, ⁶para que queden como monumento entre ustedes. Cuando sus hijos el día de mañana les pregunten qué son esas piedras, ⁷ustedes les contestarán: Es que el agua del Jordán dejó de correr frente al arca de la alianza del Señor; cuando el arca atravesaba el Jordán, dejó de correr el agua. Esas piedras se lo recordarán perpetuamente a los israelitas.

⁸Los israelitas hicieron lo que mandó Josué: sacaron doce piedras del medio del Jordán, como había dicho el Señor a Josué, una por cada tribu de Israel; las llevaron hasta el sitio donde iban a pasar la noche y las colocaron allí.

⁹Después Josué erigió doce piedras en medio del Jordán, en el sitio donde se habían detenido los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, y todavía hoy están allí.

¹⁰Los sacerdotes que llevaban el arca estuvieron quietos en medio del Jordán hasta que terminaron de hacer todo lo que Josué mandó al pueblo por orden del Señor. La gente se apresuró a pasar. ¹¹Y cuando acabaron de pasar todos, pasó el arca del Señor, y los sacerdotes se pusieron a la cabeza del pueblo. ¹²Los de Rubén, Gad y media tribu de Manasés pasaron bien armados al frente de los israelitas, como les había mandado Moisés. ¹³Unos cuarenta mil hombres equipados militarmente desfilaron ante el Señor hacia la llanura de Jericó. ¹⁴Aquel día el Señor engrandeció a Josué ante todo Israel, para que lo respetaran como habían respetado a Moisés mientras vivió.

¹⁵El Señor dijo a Josué:

¹⁶—Manda a los sacerdotes portadores del arca de la Alianza que salgan del Jordán.

¹⁷Josué les mandó:

—Salgan del Jordán.

¹⁸Y cuando los sacerdotes portadores del arca de la alianza del Señor, salieron del Jordán, y pusieron los pies en tierra seca, el agua del Jordán volvió a su cauce y corrió como antes, hasta los bordes.

¹⁹El pueblo salió del Jordán el día diez del mes primero y acampó en Guilgal, al este de Jericó. ²⁰Josué colocó en Guilgal aquellas doce piedras sacadas del Jordán, ²¹y dijo a los israelitas:

—Cuando el día de mañana sus hijos les pregunten qué son esas piedras, ²²les responderán: Israel pasó el Jordán a pie, sin mojarse. El Señor, su Dios, secó el agua del Jordán ante ustedes hasta que pasaron, ²³como hizo con el Mar Rojo, que lo secó ante nosotros hasta que lo pasamos. ²⁴Para que todas las naciones del

mundo sepan que la mano del Señor es poderosa y ustedes respeten siempre al Señor, su Dios.

5¹ Cuando los reyes amorreos de Cisjordania y los reyes cananeos de occidente oyeron que el Señor había secado el agua del Jordán ante los israelitas hasta que ellos pasaron, quedaron llenos de temor y no tuvieron ánimo para oponerles resistencia.

Circuncisión^e

(Gn 17,23-27; Éx 12,44-49)

² En aquella ocasión dijo el Señor a Josué:

– Hazte cuchillos de piedra, siéntate y vuelve a circuncidar a los israelitas.

³ Josué hizo cuchillos de piedra y circuncidó a los israelitas en Guibat Haaralot.

⁴ El motivo de esta circuncisión fue que todos los varones que habían salido de Egipto, como todos los guerreros, habían muerto en el desierto, en el camino desde Egipto. ⁵ Y aunque todos los que salieron de Egipto estaban circuncidados, los nacidos en el desierto, en el camino desde Egipto, estaban sin circuncidar. ⁶ Porque los israelitas anduvieron por el desierto cuarenta años, hasta que la generación de guerreros que habían salido de Egipto y que no obedecieron al Señor se acabó, conforme a su juramento de que no verían la tierra que el Señor había jurado a sus padres que les daría, una tierra que mana leche y miel. ⁷ Dios les suscitó descendientes; a éstos los circuncidó Josué, porque estaban sin circuncidar, ya que no los habían circuncidado durante el viaje.

⁸ Cuando todos acabaron de circuncidarse, se quedaron guardando reposo hasta que se sanaron. ⁹ Entonces el Señor dijo a Josué:

– Hoy les he quitado de encima la vergüenza de Egipto.

Y a aquel sitio le pusieron el nombre de Guilgal, y todavía se llama así.

Pascua^f

(Éx 12; 16)

¹⁰ Los israelitas estuvieron acampados en Guilgal y celebraron la Pascua el catorce del mismo mes, por la tarde, en la llanura de Jericó. ¹¹ A partir del día siguiente a la Pascua comieron de los productos del país; el día de Pascua comieron panes sin levadura y grano tostado. ¹² A partir del día siguiente que comieron de los productos del país, faltó el maná. Los israelitas no volvieron a tener maná; aquel año comieron de los frutos del país de Canaán.

^e **5,2-9 Circuncisión.** La intencionalidad inmediata de esta exigencia es preparar al pueblo para la celebración de la Pascua que imponía como prerequisite indispensable la circuncisión. Ésta era una práctica higiénica generalizada en muchas culturas de Mesopotamia y Canaán, que adquirió para los israelitas un valor religioso: era signo de pertenencia exclusiva a Dios. Dejado atrás Egipto, con su carga simbólica de opresión; dejado atrás también el desierto, con su connotación simbólica de maduración y transformación de la conciencia, con los pies ya en la tierra prometida, ahora se hace necesario poner como punto de partida para habitar el territorio de la libertad el signo que recordará a cada uno su compromiso personal de llevar a cabo el proyecto de un pueblo liberado y liberador en esta tierra. Pero, desafortunadamente, la circuncisión se quedó reducida a una simple marca en la carne y casi nunca realizó la ideal original (Dt 10,16); ésta es la denuncia del Señor por medio de Jeremías cuando propone una circuncisión de corazón (Jr 4,4). En cierta forma, aquí también puede percibirse el sabor a denuncia profética; recordemos que estamos ante una relectura de la historia de la corriente deuteronomista (D) que trata de responder a los interrogantes que han suscitado en el pueblo tantos reveses históricos, especialmente los sucedidos en el 587 a.C.: la caída de Judá, la destrucción del templo y la deportación a Babilonia. Quizá los redactores quieran enseñar que esa separación entre circuncisión y compromiso de vida es la causa de las desgracias que ha vivido la nación.

^f **5,10-15 Pascua.** Una vez quitada «la vergüenza de Egipto» (9) mediante la circuncisión, el pueblo celebra la Pascua que no había vuelto a celebrarse desde aquella noche en que sus padres salieron de Egipto. No hay aquí intención alguna de instituir la fiesta o de regularla, sino simplemente de constatar que la celebraron una vez dejado atrás el desierto, donde nunca se celebró, y después de atravesar el Jordán, signo del paso definitivo a la libertad. Detrás se encuentra una gran verdad teológica: la Pascua es la celebración de la vida y de la libertad. Junto con la noticia de la celebración de la Pascua se nos dice que al siguiente día el pueblo comenzó a comer de los frutos de la tierra y que ya no hubo más maná, una manera de decir que la Pascua siempre tiene que marcar experiencias vitales nuevas y distintas. Los versículos 13-15 sirven para introducir el relato de la conquista de Jericó y ratifican de nuevo la asistencia y presencia divinas en esta empresa conquistadora.

¹³Estando ya cerca de Jericó, Josué levantó la vista y vio a un hombre de pie frente a él con la espada desenvainada en la mano. Josué fue hacia él y le preguntó:

–¿Eres de los nuestros o del enemigo?

¹⁴Contestó:

–No. Soy el general del ejército del Señor, y acabo de llegar.

Josué cayó rostro a tierra, adorándolo. Después le preguntó:

–¿Qué orden trae mi señor a su siervo?

¹⁵El general del ejército del Señor le contestó:

–Descálzate, porque el sitio que pisas es sagrado.

Josué se descalzó.

Conquista de Jericó⁹

(Nm 10,1-10; Ap 8)

6¹Jericó estaba cerrada a cal y canto ante los israelitas. Nadie salía ni entraba.

²El Señor dijo a Josué:

–Mira, entrego en tu poder a Jericó y su rey. ³Todos los soldados den una vuelta diaria alrededor de la ciudad durante seis días. ⁴Siete sacerdotes llevarán siete trompetas delante del arca; al séptimo día darán siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes tocarán las trompetas, ⁵a la señal dada con el cuerno, cuando oigan el sonido de las trompetas, todo el ejército lanzará el grito de guerra; entonces se desplomarán las murallas de la ciudad, y cada uno la asaltará desde su puesto.

⁶Josué, hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les mandó:

–Lleven el arca de la alianza, y que siete sacerdotes lleven siete trompetas delante del arca del Señor.

⁷Y luego dijo a la tropa:

–Marchen a rodear la ciudad; los que lleven armas pasen delante del arca del Señor.

⁸Después que Josué dio estas órdenes a la tropa, siete sacerdotes, llevando siete trompetas, se pusieron delante del Señor y empezaron a tocar. El arca del Señor los seguía; ⁹los soldados armados marchaban delante de los sacerdotes que tocaban las trompetas; el resto del ejército marchaba detrás del arca. Las trompetas acompañaban la marcha. ¹⁰Josué había dado esta orden a la tropa:

–No lancen ningún grito de guerra, ni dejen oír su voz, no se les escape una palabra hasta el momento en que yo les mande gritar; entonces gritarán.

¹¹Dieron una vuelta a la ciudad con el arca del Señor y se volvieron al campamento para pasar la noche. ¹²Josué se levantó de madrugada, y los sacerdotes tomaron el arca del Señor. ¹³Siete sacerdotes, llevando siete trompetas delante del arca del Señor, acompañaban la marcha de los soldados con las trompetas. Y la retaguardia marchaba tras el arca al son de las trompetas. ¹⁴Aquel segundo día dieron una vuelta a la ciudad y se volvieron al campamento. Así hicieron seis días. ¹⁵El día séptimo, al despuntar el sol, madrugaron y dieron siete vueltas a la ciudad, conforme al mismo ceremonial. La única diferencia fue que el día séptimo dieron siete vueltas a la ciudad. ¹⁶A la séptima vuelta, los sacerdotes tocaron las trompetas y Josué ordenó a la tropa:

–¡Griten, que el Señor les entrega la ciudad! ¹⁷Esta ciudad, con todo lo que hay en ella, se consagra al exterminio en honor del Señor. Sólo han de quedar con vida la prostituta Rajab y todos los que estén con ella en su casa, porque escondió a nuestros emisarios. ¹⁸En cuanto a ustedes, tengan cuidado, no se les vayan los ojos y recojan algo de lo consagrado al exterminio; porque pondrán bajo maldición

⁹ **6,1-27 Conquista de Jericó.** La primera campaña de Israel se dirige contra Jericó. El relato de su conquista parece más una conmemoración festiva que la toma militar de una ciudad; y es que al redactor no parece interesarle en realidad narrar una campaña bélica, sino contar a su generación –a los israelitas del s. VI-V a.C.– cómo el Señor había entregado esta tierra a sus antepasados. No lo presenta como una verdadera y auténtica campaña de conquista, sino como un don gratuito ante el cual Israel nunca podría argumentar que por su poder y por sus fuerzas se había apoderado de la ciudad o de la tierra. Este relato situado al inicio del camino hacia la posesión del territorio se convierte, entonces, en una especie de modelo para el resto de campañas. En definitiva, Israel no tiene que preocuparse por pelear ni por luchar, pues delante va el arca, garantía de que el Señor avanza entregando a Israel cada pueblo, cada lugar.

el campamento de Israel y le acarrearán la desgracia. ¹⁹Toda la plata y el oro y el ajuar de bronce y hierro se consagran al Señor: irán a parar a su tesoro.

²⁰Sonaron las trompetas. Al oír el toque, lanzaron todos el grito de guerra. Las murallas se desplomaron y el ejército dio el asalto a la ciudad, cada uno desde su puesto, y la conquistaron. ²¹Consagraron al exterminio todo lo que había dentro: hombres y mujeres, muchachos y ancianos, vacas, ovejas y burros, todo lo pasaron a cuchillo.

²²Josué había encargado a los dos espías:

–Vayan a la casa de la prostituta y sáquenla de allí con todo lo que tenga, tal como le juraron.

²³Los espías fueron y sacaron a Rajab, a su padre, madre y hermanos y todo lo que tenía, y a todos los parientes, y los dejaron fuera del campamento israelita.

²⁴Incendiaron la ciudad y cuanto había en ella. Sólo la plata, el oro y el ajuar de bronce y hierro lo destinaron al tesoro del Templo del Señor.

²⁵Josué perdonó la vida a Rajab, la prostituta, a su familia y a todo lo suyo. Rajab vivió en medio de Israel hasta hoy, por haber escondido a los emisarios que envió Josué a explorar Jericó.

²⁶En aquella ocasión juró Josué:

–¡Maldito de Dios el que reedifique esta ciudad! Pondrá los cimientos sobre su primogénito y colocará las puertas sobre su hijo menor.

²⁷El Señor estuvo con Josué, y su fama se divulgó por toda la región.

El sacrilegio de Acán^h

7 ¹Pero los israelitas cometieron un pecado con lo consagrado. Porque Acán, hijo de Carmí, de Zabdí, de Zéraj, de la tribu de Judá, robó de lo consagrado. Y el Señor se encolerizó contra Israel.

²Josué envió gente desde Jericó hacia Ay, al este de Betel, con esta orden:

–Vayan a reconocer la región.

Fueron, hicieron el reconocimiento ³y, al volver, dijeron a Josué:

–No hace falta que vaya toda la tropa; bastan unos dos mil o tres mil para conquistar la ciudad. No canses a toda la tropa en este ataque, que ellos son pocos.

⁴Entonces fueron hacia Ay unos tres mil del ejército; pero tuvieron que huir ante los de Ay, ⁵que les hicieron unas treinta y seis bajas y los persiguieron desde las puertas de la ciudad hasta Hassebarim, derrotándolos en la cuesta. El valor del ejército se deshizo en agua.

⁶Josué se rasgó el manto, cayó rostro en tierra ante el arca del Señor, y estuvo así hasta el atardecer, junto con los concejales de Israel, echándose polvo a la cabeza. ⁷Josué oró:

–¡Ay Señor mío! ¿Para qué hiciste pasar el Jordán a este pueblo?, ¿para entregarnos después a los amorreos y exterminarnos? ¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado del Jordán! ⁸¡Perdón, Señor! ¿Qué voy a decir después que Israel ha vuelto la espalda ante el enemigo? ⁹Lo oirán los cananeos y toda la gente del país, nos cercarán y borrarán nuestro nombre de la tierra. ¿Y qué harás tú con tu ilustre nombre?

¹⁰El Señor le respondió:

–Anda, levántate. ¿Qué haces ahí, caído rostro en tierra? ¹¹Israel ha pecado, han quebrantado el pacto que yo realicé con ellos, han tomado de lo consagrado, han robado, han disimulado escondiéndolo entre su ajuar. ¹²No podrán los israelitas resistir a sus enemigos, les volverán la espalda, porque se han convertido ellos

^h **7,1-26 El sacrilegio de Acán.** El primer fracaso de Israel en su intento por conquistar una nueva localidad se relaciona con el pecado de un miembro de la comunidad, que acarrea graves consecuencias para el resto. De nuevo se deja ver la vena profética de la corriente deuteronomista (**D**): cuando el pueblo se aparta de los mandatos y preceptos del Señor camina hacia el fracaso; cuando obedece, sus empresas son todo un éxito. Pese a que el relato nos describe el ajusticiamiento de Acán, en realidad está invitando a los miembros de la comunidad a extirpar el mal para que puedan realizar el proyecto de Dios. Otro aspecto que conviene resaltar es el efecto pernicioso que traen sobre la comunidad las acciones negativas de los individuos, y esto mismo vale para nuestra experiencia social comunitaria.

mismos en algo que debe ser consagrado al exterminio. No estaré más con ustedes mientras no eliminen lo que ordené que se destruyera. ¹³Levántate, purifica al pueblo y diles: Purifíquense para mañana, porque así dice el Señor, Dios de Israel: ¡Hay algo que debió ser consagrado al exterminio dentro de ti, Israel! No podrás hacer frente a tus enemigos mientras no lo destruyas y lo echas fuera de ti. ¹⁴Por la mañana se acercarán por tribus. La tribu que el Señor indique por sorteo se acercará por clanes; el clan que el Señor indique por sorteo se acercará por familias; la familia que el Señor indique por sorteo se acercará por individuos. ¹⁵El que sea sorprendido con algo consagrado, será quemado con todos sus bienes, por haber quebrantado el pacto del Señor y haber cometido una infamia en Israel.

¹⁶Josué madrugó y mandó a los israelitas acercarse por tribus. La suerte cayó en la tribu de Judá. Se fue acercando la tribu de Judá por clanes, y la suerte cayó en el clan de Zéraj. ¹⁷Se fue acercando el clan de Zéraj por familias, y la suerte cayó en la familia de Zabdí. ¹⁸Se fue acercando la familia de Zabdí por individuos, y la suerte cayó en Acán, hijo de Carmí, de Zabdí, de Zéraj, de la tribu de Judá.

¹⁹Josué dijo a Acán:

–Hijo mío, glorifica al Señor, Dios de Israel, haciendo tu confesión. Dime lo que has hecho, no me ocultes nada.

²⁰Acán respondió a Josué:

–Es verdad, he pecado contra el Señor, Dios de Israel. He hecho esto y esto: ²¹vi entre los despojos un manto babilonio muy bueno, doscientas monedas de plata y una barra de oro de medio kilo; se me fueron los ojos y lo agarré. Mira, está todo escondido en un hoyo en medio de mi tienda, el dinero debajo.

²²Josué mandó a unos que fueran corriendo a la tienda de Acán: todo estaba allí escondido, el dinero debajo. ²³Lo sacaron de la tienda, se lo llevaron a Josué y a los israelitas y lo depositaron ante el Señor.

²⁴Josué tomó a Acán, hijo de Zéraj –con el dinero, el manto y la barra de oro–, a sus hijos e hijas, sus bueyes, burros y ovejas, y su tienda con todos sus bienes. En compañía de todo Israel los subió al Valle de Acor, ²⁵y Josué dijo:

–¡El Señor te haga sufrir hoy mismo la desgracia que nos has acarreado!

Todos los israelitas apedrearon a Acán. Luego los quemaron y los cubrieron de piedras. ²⁶Después levantaron encima de él un montón de piedras, que todavía hoy se conserva. Y el Señor aplacó el incendio de su ira. Por eso aquel sitio se llama hasta hoy Valle de Acor.

Conquista de Ayⁱ

(Eclo 46,2)

8 ¹El Señor dijo a Josué:

–No temas ni te acobardes. Vete con tu ejército a atacar Ay, que yo te pongo en las manos a su rey, su gente, la ciudad y sus campos. ²Trata a la ciudad y a su rey como trataste a Jericó y a su rey. Sólo se llevarán el botín y el ganado. Pon emboscadas al otro lado del pueblo.

³Josué y su ejército prepararon el ataque de Ay. Josué escogió treinta mil soldados y los envió durante la noche ⁴con estas instrucciones:

ⁱ **8,1-35 Conquista de Ay.** Un segundo intento de ataque a la ciudad de Ay da como resultado su conquista y destrucción gracias a una estrategia ideada por Josué, pero dirigida por el mismo Dios. Nótese el lenguaje religioso que emplea el redactor; como se ha dicho, éste no pretende simplemente contar una campaña militar, sino más bien hacer una relectura de cómo Israel llegó a poseer el territorio donde debiera haber mostrado las actitudes propias de un pueblo elegido por Dios. Desafortunadamente se mezclan el lenguaje religioso y el bélico para describir escenas de masacre y violencia; pero sólo es el ropaje externo de un mensaje perdurable. La prueba está en que, según los datos arqueológicos, ni Jericó, ni Ay, ni otras ciudades mencionadas en el libro existían para la época de la invasión israelita de Canaán, pues habían sido reducidas a ruinas hacía ya por lo menos dos siglos. Esto significa que por encima de las descripciones materiales se encuentran otras intenciones e intereses teológicos que tal vez no aparezcan demasiado claros para nosotros, pero que sí eran comprensibles, y sobre todo útiles, para la conciencia y la fe de los judíos del exilio y, sobre todo, del postexilio. Termina el capítulo refiriendo cómo Josué construye un altar al Señor en el que ofrece sacrificios de comunión, y cómo graba en las piedras del altar una copia de la Ley de Moisés. La lectura ante todo el pueblo de las bendiciones y maldiciones es una forma de decir que el compromiso de Israel en cada avance, en cada pedazo de tierra conquistada, es propagar el proyecto único de su Dios consignado en la Ley.

–Presten atención, ustedes estarán emboscados detrás del pueblo, pero sin alejarse mucho, manténganse alerta; ⁵yo y los míos nos acercaremos. Cuando el enemigo salga contra nosotros, como la primera vez, huiremos ante ellos; ⁶ellos saldrán detrás, pensando que huimos como la primera vez, y así lograremos alejarlos del pueblo. ⁷Entonces salgan de la emboscada y apodérense de la ciudad –el Señor se las entregará– ⁸y en cuanto la ocupen, la incendiarán. Hagan lo que ha dicho el Señor. Éstas son mis órdenes.

⁹Los despachó, y fueron a ubicarse en el lugar de la emboscada entre Betel y Ay, al oeste de Ay. Josué pasó aquella noche entre la tropa. ¹⁰Se levantó temprano, pasó revista a la tropa y marchó contra Ay. El iba a la cabeza, con los ancianos de Israel. ¹¹Todos los soldados que los acompañaban fueron acercándose a Ay, hasta llegar frente a ella, y acamparon al norte, dejando el valle entre ellos y el pueblo. ¹²Josué había tomado unos cinco mil hombres y los había emboscado entre Betel y Ay, al oeste de la villa. ¹³El grueso del ejército acampó al norte, la retaguardia al oeste de la villa. Josué fue aquella noche hasta la mitad del valle.

¹⁴Cuando el rey de Ay lo descubrió, despertó a toda prisa a la gente y salió con su ejército a presentar batalla a Israel, en la bajada frente al desierto, sin saber que le habían tendido una emboscada detrás de la ciudad. ¹⁵Josué y los israelitas cedieron ante ellos y emprendieron la fuga camino del desierto. ¹⁶Los de Ay salieron gritando tras ellos y persiguieron a Josué, alejándose de la ciudad; ¹⁷no quedó uno en Ay que no saliera en persecución de los israelitas y por perseguirlos dejaron la ciudad desguarnecida.

¹⁸El Señor dijo a Josué:

–Extiende en dirección de Ay la lanza que llevas en la mano, porque la entrego en tu poder.

¹⁹Josué extendió en dirección de Ay la lanza que llevaba en la mano, y los de la emboscada salieron corriendo de sus posiciones, entraron en la ciudad, la ocuparon y la incendiaron en seguida. ²⁰Los de Ay se volvieron a mirar y vieron que subía de la ciudad una humareda hasta el cielo y que no tenían escapatoria por ninguna parte, porque los que habían huido hacia el desierto se volvieron contra sus perseguidores. ²¹Ya que Josué y los israelitas, viendo que los de la emboscada habían incendiado la ciudad, por la humareda que subía, se dieron la vuelta y atacaron a los de Ay ²²y por su parte los de la emboscada salieron de Ay a su encuentro, y así se vieron encerrados entre dos ejércitos israelitas. Israel los derrotó hasta no dejarles un superviviente ni un fugitivo. ²³Al rey de Ay lo apresaron vivo y se lo llevaron a Josué.

²⁴Cuando los israelitas acabaron de matar a todos los de Ay que habían salido a campo abierto en su persecución, haciéndolos caer a todos a filo de cuchillo, hasta el último, se volvieron contra Ay y pasaron a cuchillo a sus habitantes. ²⁵Las bajas de aquel día fueron doce mil entre hombres y mujeres, toda gente de Ay. ²⁶Josué tuvo extendido el brazo con la lanza hasta que exterminaron a todos los de Ay.

²⁷Los israelitas se llevaron sólo el ganado y el botín, como había ordenado el Señor a Josué. ²⁸Josué incendió la ciudad, reduciéndola a un montón de escombros, que dura hasta hoy. ²⁹Al rey de Ay lo ahorcó de un árbol y lo dejó allí hasta la tarde; al ponerse el sol mandó bajar del árbol el cadáver, lo tiraron junto a la puerta de la ciudad y lo cubrieron con un montón enorme de piedras, que se conserva hasta hoy.

³⁰Entonces levantó Josué un altar al Señor, Dios de Israel, en el monte Ebal, ³¹como había mandado Moisés, siervo del Señor, a los israelitas –está escrito en el libro de la ley de Moisés–: un altar de piedras enteras, no labradas a hierro, y ofrecieron sobre él holocaustos y sacrificios de comunión.

³²Allí escribió Josué sobre las piedras una copia de la ley que Moisés había escrito en presencia de los israelitas. ³³Todo Israel, los ancianos, los escribas y los jueces estaban a ambos lados del arca, frente a los sacerdotes levitas portadores del arca de la alianza del Señor. Tanto el extranjero como el nativo: la mitad hacia el monte Garizín, la otra mitad hacia el monte Ebal, como había mandado Moisés, siervo del Señor, cuando bendijo por primera vez al pueblo israelita.

³⁴Josué leyó todo el texto de la ley, bendiciones y maldiciones, tal como está escrito en el libro de la Ley. ³⁵De cuanto prescribió Moisés no quedó ni una palabra que Josué no leyera ante la asamblea de Israel, incluidos niños, mujeres y los extranjeros que iban con ellos.

Los gabaonitas^j

9 ¹ Cuando se enteraron los reyes de Cisjordania, de la montaña, de la Sefela y de toda la costa mediterránea hasta el Líbano –hititas, amorreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos– ² se aliaron para luchar contra Josué e Israel bajo un mando único.

³ Los de Gabaón se enteraron de lo que había hecho Josué con Jericó y con Ay ⁴ y actuaron por su parte astutamente; fueron y tomaron provisiones, cargaron los burros con alforjas viejas y odres de vino viejos, rotos y recosidos; ⁵ se pusieron sandalias viejas y remendadas y se echaron encima unos mantos viejos; todo el pan que llevaban de comida era pan duro y desmigajado.

⁶ Fueron al campamento de Guilgal y dijeron a Josué y a los israelitas:

–Venimos de un país lejano. Hagan un tratado de paz con nosotros.

⁷ Los israelitas respondieron a aquellos heveos:

–A lo mejor viven aquí cerca. ¿Cómo vamos a hacer un tratado de paz con ustedes?

⁸ Ellos contestaron a Josué:

–Somos vasallos tuyos.

Él insistió:

–¿Quiénes son ustedes y de dónde vienen?

⁹ Le respondieron:

–Venimos de un país muy lejano, atraídos por la fama del Señor, tu Dios; porque hemos oído hablar de él, de todo lo que hizo en Egipto, ¹⁰ y de la manera cómo trató a los dos reyes amorreos de Transjordania: Sijón, rey de Jesbón, y Og, rey de Basán, en Astarot. ¹¹ Nuestros ancianos y la gente de nuestro país nos encargaron: Tomen provisiones para el viaje y marchen a su encuentro a ofrecerse como vasallos suyos. Hagan por tanto una alianza con nosotros. ¹² Miren nuestro pan: lo tomamos caliente en casa el día que emprendimos el viaje hasta aquí, y ya lo ven, está duro y convertido en migajas. ¹³ Estos son los odres de vino: los llenamos nuevos, y ahora están rotos. Estos son nuestros mantos y las sandalias, gastados por el largo camino.

¹⁴ Entonces los israelitas probaron de las provisiones de los viajeros, sin consultar al Señor. ¹⁵ Y Josué les firmó un tratado de paz, comprometiéndose a respetar sus vidas; así se lo juraron también los representantes de la asamblea.

¹⁶ Pero tres días después de haber pactado con ellos se enteraron de que eran vecinos, que vivían allí cerca; ¹⁷ porque los israelitas levantaron el campamento y al tercer día de marcha llegaron a sus poblados: Gabaón, Quefira, Beerot y Quiriat Yearim. ¹⁸ No los atacaron, porque los representantes de la asamblea les habían hecho un juramento por el Señor, Dios de Israel; pero toda la asamblea murmuró contra sus representantes.

^j **9,1-27 Los gabaonitas.** El episodio de los gabaonitas se parece, amplificado, al de Rajab. Está dominado por la confesión de unos paganos y el juramento de los israelitas, y termina con la incorporación de un pueblo a la comunidad de Israel. Si Rajab representaba la incorporación de familias aisladas, los gabaonitas representan la incorporación de poblaciones enteras que equilibran el carácter militar de la ocupación cananea. Muchos indicios históricos muestran que la ocupación del territorio cananeo fue más bien pacífica, comenzando por zonas despobladas y disponibles para extenderse y consolidar relaciones con las poblaciones ya asentadas. El libro de Josué ha querido dar relieve al aspecto militar al seleccionar unos cuantos episodios bélicos, lo cual hace más interesante por contraste el presente capítulo pacífico. El relato recoge un tema literario muy conocido en el folclore: el burlador burlado o burla y respuesta. El narrador se complace en detallar los preparativos y el funcionamiento del engaño, sin preocuparse demasiado por la verosimilitud. Sobre ese tejido narrativo se sobrepone la visión religiosa y se hace sentir la preocupación programática del deuteronomista (**D**). En efecto, Dt 20,10-18 da instrucciones sobre el comportamiento con las poblaciones paganas. Los gabaonitas eran heveos (7): sólo por el estatuto de ciudad remota y con pacto de vasallaje podían salvar la vida. Consiguen lo primero con engaño y astucia (4); lo segundo se lo aseguran con el juramento de los nuevos señores. Los jefes israelitas obran desconsideradamente, sin consultar al Señor (14). Su pequeña venganza es someter a los burladores a trabajos serviles.

¹⁹Entonces los representantes dieron explicaciones a la asamblea:
–Nosotros les hicimos un juramento por el Señor, Dios de Israel; así que ahora no podemos atacarlos. ²⁰Pero vamos a hacer lo siguiente: respetaremos sus vidas, y así no nos vendrá un castigo por quebrar el juramento que les hicimos. ²¹Los representantes les dijeron: Que queden con vida, pero que sean leñadores y aguateros de todo el pueblo.

Se acordó lo que habían propuesto los representantes. ²²Josué mandó llamar a los gabaonitas y les dijo:

–¿Por qué nos engañaron, diciendo que eran de muy lejos, siendo así que viven cerca de nosotros? ²³Ahora pesa sobre ustedes una maldición, serán para siempre leñadores y aguateros del templo de mi Dios.

²⁴Le contestaron:

–Nosotros, servidores tuyos, estábamos informados de lo que el Señor, tu Dios, había dicho a su siervo Moisés: que les daría todo el país, y a todos sus habitantes los aniquilaría ante ustedes; entonces, temblando por nuestra vida, discurrimos aquello. ²⁵Ahora estamos en tus manos: haz de nosotros lo que te parezca bien y justo.

²⁶Josué los trató como había dicho: los protegió de los israelitas para que no los mataran, ²⁷pero aquel día los hizo leñadores y aguateros de la asamblea y del altar del Señor, hasta el día de hoy, donde el Señor quisiera.

La campaña del Sur^k

10 ¹Cuando Adoni-Sedec, rey de Jerusalén, oyó que Josué había tomado Ay y la había arrasado y que había hecho con ella y con su rey lo mismo que con Jericó y su rey y que los de Gabaón habían hecho las paces con Israel y vivían con los israelitas, ²se asustó enormemente. Porque Gabaón era toda una ciudad, como una de las capitales reales, mayor que Ay, y todos sus hombres eran valientes.

³Entonces envió este mensaje a Ohán, rey de Hebrón; a Pirán, rey de Yarmut; a Yafía, rey de Laquis, y a Debir, rey de Eglón:

⁴–Vengan con refuerzos para derrotar a Gabaón, que ha hecho las paces con Josué y los israelitas.

⁵Entonces se aliaron los cinco reyes amorreos –el de Jerusalén, el de Hebrón, el de Yarmut, el de Laquis y el de Eglón– subieron con sus ejércitos, acamparon frente a Gabaón y la atacaron.

⁶Los de Gabaón despacharon emisarios a Josué, al campamento de Guilgal, con este ruego:

–No dejes solos a tus vasallos. Ven en seguida a salvarnos. Ayúdanos, porque se han aliado contra nosotros los reyes amorreos de la montaña.

⁷Entonces Josué subió desde Guilgal con todo su ejército, todos sus guerreros, ⁸y el Señor le dijo:

–No les tengas miedo, que yo te los entrego; ni uno de ellos podrá resistirte.

⁹Josué caminó toda la noche desde Guilgal y cayó sobre ellos de repente; ¹⁰el Señor los desbarató ante Israel, que les infligió una gran derrota junto a Gabaón, y los persiguió por la Cuesta de Bet-Jorón, destrozándolos hasta Azecá y Maqueda.

¹¹Y cuando iban huyendo de los israelitas por la cuesta de Bet-Jorón, el Señor les

^k **10,1-43 La campaña del Sur.** La alianza de paz entre gabaonitas e israelitas suscita una coalición de reyes para enfrentar juntos la gran amenaza que supone. Los datos que encontramos aquí son a todas luces exagerados, pues en una sola campaña era absolutamente imposible conquistar un territorio tan extenso como el que se nos describe; esto refuerza todavía más la idea de que el interés del narrador no es tanto histórico cuanto teológico. Recordemos que la tierra que un día habitaron las doce tribus de Israel se encontraba para la época del redactor asolada, y que muchos israelitas se resistían a regresar a ella después del destierro de Babilonia. Todo el relato afirma que el territorio había sido otorgado por Dios a Israel, y que Dios mismo había intervenido obrando prodigios en favor de su pueblo. Como quiera que estas campañas están asistidas y dirigidas por el mismo Dios, hasta detener el sol resulta sencillo. En las tradiciones sobre el éxodo de Egipto no se ahorran imágenes maravillosas, como la del mar que se abre para dar paso a los israelitas y se cierra tragándose al faraón y su ejército; del mismo modo, en esta relectura de la posesión de la tierra se utilizan imágenes portentosas para indicar que era la mano de Dios la que actuaba en favor del pueblo. Aquí debemos entender por pueblo la conjunción de varios grupos, pues a estas alturas los israelitas albergan ya en su seno a otras familias, como la de Rajab de Jericó, y a otros pueblos, como los gabaonitas que pactaron con Israel.

lanzó desde el cielo un pedrisco fuerte y mortífero en el camino hasta Azecá; murieron más por la granizada que por la espada de los israelitas.

¹²Cuando el Señor puso en manos de los israelitas a los amorreos, Josué habló al Señor y gritó en presencia de Israel:

–¡Sol, quieto en Gabaón! ¡Y tú, luna, en el valle de Ayalón!

¹³Y el sol quedó quieto y la luna inmóvil, hasta que se vengó el pueblo de sus enemigos.

Así consta en el libro de Yasar:

El sol se detuvo en medio del cielo y tardó un día entero en ponerse.

¹⁴Ni antes ni después ha habido un día como aquél, cuando el Señor obedeció a la voz de un hombre, porque el Señor luchaba por Israel.

¹⁵Josué y los israelitas se volvieron al campamento de Guilgal. ¹⁶Los cinco reyes lograron huir y se escondieron en la cueva de Maqueda.

¹⁷Avisaron a Josué:

–Los cinco reyes están escondidos en la cueva de Maqueda.

¹⁸Josué ordenó:

–Hagan rodar piedras grandes hasta la entrada de la cueva y dejen allí apostados algunos centinelas para que los vigilen. ¹⁹Ustedes no dejen de perseguir al enemigo, córtenles la retirada; no los dejen llegar a sus poblados, porque el Señor, su Dios, se los entrega.

²⁰Cuando Josué y los israelitas los derrotaron hasta acabar con ellos –fue una gran derrota–, los que lograron salvarse huyendo se refugiaron en las ciudades fortificadas. ²¹Todo el ejército volvió victorioso al campamento de Josué, en Maqueda. Nadie se atrevió a hablar mal de los israelitas.

²²Josué ordenó:

–Destapen la entrada de la cueva y saquen a esos cinco reyes.

²³Cumpliendo sus órdenes, sacaron de la cueva a los cinco reyes: el de Jerusalén, el de Hebrón, el de Yarmut, el de Laquis y el de Eglón. ²⁴Cuando se los presentaron, Josué convocó a todos los israelitas y dijo a sus oficiales:

–Acérquense y pisen la nuca a esos reyes.

Ellos se acercaron y pusieron el pie en la nuca de los reyes. ²⁵Josué les dijo:

–No teman ni se acobarden. ¡Sean fuertes y valientes!, que así tratará el Señor a todos los enemigos con los que van a luchar.

²⁶Dicho esto, los ajustició y los colgó de cinco árboles; allí estuvieron colgados hasta la tarde. ²⁷A la puesta del sol mandó bajarlos de los árboles y tirarlos a la cueva donde se habían escondido; después colocaron grandes piedras a la entrada de la cueva, y allí están todavía hoy.

²⁸Aquel día Josué tomó Maqueda. La pasó a cuchillo, consagrando al exterminio a su rey y a todos sus habitantes. No quedó un superviviente; trató al rey de Maqueda como al de Jericó.

²⁹Desde Maqueda Josué y los israelitas pasaron a Libná y la atacaron. ³⁰El Señor les entregó también Libna y a su rey, y pasaron a cuchillo a todos los habitantes. No quedó en ella un superviviente; a su rey lo trató Josué como al de Jericó.

³¹Desde Libna Josué y los israelitas pasaron a Laquis, acamparon frente a ella y la atacaron. ³²El Señor se la entregó: tomaron Laquis al segundo día y pasaron a cuchillo a todos los habitantes, lo mismo que habían hecho en Libna. ³³Horán, rey de Guézer, subió en auxilio de Laquis, pero Josué lo derrotó a él y a su ejército, sin dejarle un superviviente.

³⁴Desde Laquis Josué y los israelitas pasaron a Eglón; acamparon frente a ella y la atacaron. ³⁵La tomaron aquel mismo día y la pasaron a cuchillo, consagrando al exterminio a todos sus habitantes, lo mismo que habían hecho con Laquis.

³⁶Desde Eglón, Josué y los israelitas con él, pasaron a Hebrón y la atacaron. ³⁷La tomaron y pasaron a cuchillo a su rey y a toda la población. No quedó un

superviviente, lo mismo que habían hecho en Eglón; la consagraron al exterminio con todos sus habitantes.

³⁸Después Josué y los israelitas con él se volvieron contra Debir y la atacaron. ³⁹Se apoderaron de ella, del rey y sus poblados y los pasaron a cuchillo, consagrando al exterminio a todos sus habitantes. No quedó un superviviente; trataron a Debir y a su rey lo mismo que a Hebrón y a su rey, a Libna y a su rey.

⁴⁰Así fue como conquistó Josué toda la montaña, el Negueb y la Sefela y las estribaciones de la sierra, con sus reyes. No quedó un superviviente. Consagraron al exterminio a todo ser viviente, como había mandado el Señor, Dios de Israel. ⁴¹Josué conquistó desde Cades Barnea hasta Gaza, y todo el país de Gosén hasta Gabaón. ⁴²En una sola ofensiva se apoderó de todos aquellos reyes y sus tierras, porque el Señor, Dios de Israel, combatía por Israel. ⁴³Josué y los israelitas que iban con él se volvieron después al campamento de Guilgal.

La campaña del Norte¹

11 ¹Cuando se enteró Yabín, rey de Jasor, mandó mensajeros a Yobab, rey de Madón, al rey de Simerón, al de Acsaf ²y a los reyes del norte de la montaña y del desierto, al sur de Genesaret, de la Sefela y del distrito de Dor, junto al mar, ³a los cananeos de este y oeste, a los amorreos, hititas y fereceos, a los jebuseos de la montaña y a los heveos al pie del Hermón, en la región de Mispá. ⁴Salieron con todos sus ejércitos, una tropa numerosa como la arena de la playa, muchísimos caballos y carros. ⁵Se aliaron todos aquellos reyes, y todos juntos fueron a acampar cerca del arroyo de Merón para luchar contra Israel.

⁶El Señor dijo a Josué:

–No les tengas miedo, que mañana, a estas horas, a todos ellos los haré caer ante Israel; les romperás las patas a sus caballos y les quemarás los carros.

⁷Josué y sus soldados marcharon contra ellos hacia el arroyo de Merón y cayeron sobre ellos de repente. ⁸El Señor se los entregó a Israel, que los derrotó y persiguió hasta la capital de Sidón, Misrepot Maym y la parte oriental del valle de Mispá. Los desbarataron hasta que no quedó un superviviente.

⁹Josué los trató como había dicho el Señor: les quebró las patas a los caballos y les quemó los carros. ¹⁰Luego se volvió, se apoderó de Jasor y ajustició a su rey porque Jasor era desde antiguo la capital de aquellos reinos, ¹¹y pasó a cuchillo a todos sus habitantes, consagrándolos al exterminio; no quedó uno vivo. A Jasor la incendió.

¹²Josué se apoderó de todas aquellas poblaciones y sus reyes; los pasó a cuchillo, consagrándolos al exterminio, como había ordenado Moisés, siervo del Señor. ¹³Pero los israelitas no incendiaron las ciudades emplazadas sobre montículos; la única excepción fue Jasor, incendiada por Josué. ¹⁴Se llevaron todo su botín y el ganado; a las personas en cambio las pasaron a cuchillo, no dejando una viva.

¹⁵Lo que el Señor había ordenado a su siervo Moisés, éste se lo ordenó a Josué y Josué lo cumplió; no descuidó nada de cuanto el Señor había ordenado a Moisés.

¹⁶Así fue como se apoderó Josué de todo el país: de la montaña, el Negueb, la región de Gosén, la Sefela y el desierto, la montaña de Israel y su llanura, ¹⁷desde

¹ **11,1-23 La campaña del Norte.** Muchos indicios muestran que la ocupación de los israelitas fue en gran parte pacífica; es decir, comenzó por la montaña no ocupada y se fue extendiendo paulatinamente por todo el territorio. Pero también es cierto que su presencia provocó celos y ataques, de modo que los nuevos colonizadores tuvieron que defenderse más de una vez con las armas. Así, entre alguna campaña inicial y otras provocadas por la población local, Israel se fue imponiendo hasta asimilar o eliminar a las demás poblaciones. El autor ensaya una explicación teológica –como otras que suministrará a lo largo de su gran obra–: se debe al endurecimiento de las poblaciones conquistadas. El autor simplifica los datos trazando el siguiente proceso: 1. Mandato de Dios a Josué. 2. Endurecimiento de la población. 3. Resistencia a Israel. 4. Derrota y destrucción. Así se cierra un círculo férreo, en el que triunfa la soberanía de Dios en la historia. Dios es autor de todo, incluso de la obstinación humana; así hablan muchos textos del Antiguo Testamento, mientras que otros lo interpretan como la continua negación a la oferta o exigencia de Dios que va creciendo en un proceso dialéctico hasta que el ser humano cae víctima de su propio endurecimiento. Esta segunda visión acentúa la responsabilidad humana y completa la primera.

el monte Jalac, que sube hacia Seír, hasta Baal-Gad, en el valle del Líbano, al pie del monte Hermón. Se apoderó de todos sus reyes y los ajustició.

¹⁸Josué estuvo mucho tiempo haciendo la guerra a todos aquellos reyes.¹⁹Ninguna ciudad hizo las paces con los israelitas, a excepción de los heveos que vivían en Gabaón; a todas las conquistaron con las armas, ²⁰porque fue cosa de Dios endurecer sus corazones para que opusieran resistencia a Israel, con intención de que Israel los exterminara sin piedad, aniquilándolos, como el Señor había ordenado a Moisés.

²¹Josué aniquiló a los enaquitas de la montaña, de Hebrón, de Debir, de Anab, en una palabra, de los montes de Judá y de los montes de Israel. Los exterminó con sus poblaciones. ²²No quedaron enaquitas en territorio de Israel; sólo en Gaza, Gat y Asdod quedaron algunos.

²³Josué se apoderó de todo el país, como el Señor había dicho a Moisés. Y se lo dio a Israel en herencia, repartiéndolo en lotes a las tribus. El país quedó en paz.

Reyes de Transjordania y de Cisjordania^m

12 ¹Reyes de Transjordania a los que derrotaron los israelitas y de cuyas tierras se apoderaron, desde el río Arnón hasta el monte Hermón, incluyendo toda la estepa oriental:

²Sijón, rey amorreo con residencia en Jesebón. Sus dominios eran: desde Aroer, a orillas del Arnón, y desde la parte central del valle, la mitad de Galaad hasta el Yaboc, frontera de los amonitas, ³la estepa, desde la parte oriental del Mar de Galilea hasta la parte oriental del mar del desierto, el Mar Muerto, hasta el camino de Bet-Yesimot y las estribaciones del Fasga, en el sur.

⁴Og, rey de Basán, de los últimos refaimitas, con residencia en Astarot y Edrey. ⁵Sus dominios eran: el monte Hermón, Salcá y todo Basán hasta la frontera de los guesureos y macateos, además de medio Galaad, hasta la frontera de Sijón, rey de Jesbón.

⁶Moisés, siervo del Señor, y los israelitas los derrotaron, y Moisés, siervo del Señor, dio sus tierras en propiedad a los de Rubén, Gad y media tribu de Manasés.

⁷Reyes de Cisjordania a los que derrotaron Josué y los israelitas, desde Baal-Gad, en el valle del Líbano, hasta el Monte Jalac, que sube a Seír, cuyas tierras dio Josué en propiedad a las tribus de Israel, repartiéndolas en lotes; ⁸en la montaña, en la Sefela, en la estepa, en las estribaciones de la sierra, en el desierto y en el Negueb, donde estaban los hititas, amorreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos: ⁹el rey de Jericó y el rey de Ay, junto a Betel; ¹⁰el rey de Jerusalén y el rey de Hebrón; ¹¹el rey de Yarmut y el rey de Laquis; ¹²el rey de Eglón y el rey de Guézer; ¹³el rey de Debir y el rey de Gueder; ¹⁴el rey de Jormá y el rey de Arad; ¹⁵el rey de Libná y el rey de Adulán; ¹⁶el rey de Maqueda y el rey de Betel; ¹⁷el rey de Tapuj y el rey de Jéfer; ¹⁸el rey de Afec y el rey de Sarón; ¹⁹el rey de Madón y el rey de Jasor; ²⁰el rey de Simerón y el rey de Acsaf; ²¹el rey de Taanac y el rey de Meguido; ²²el rey de Cades y el rey de Yocneán del Carmelo; ²³el rey de Dor, en el distrito de Dor; el rey de los pueblos de Galilea; ²⁴y el rey de Tirsá. Suma total: treinta y un reyes.

^m **12,1-24 Reyes de Transjordania y de Cisjordania.** Encontramos una síntesis de todos los territorios conquistados por los israelitas. La primera parte resume las conquistas hechas por Moisés al oriente del Jordán y el reparto de territorios a las tribus de Rubén y Gad y la media tribu de Manasés, lo cual concuerda con Nm 32,33-42. La segunda parte resume las campañas de Josué con el total de reyes que venció. El territorio queda así debidamente preparado y listo para su reparto entre las nueve tribus y media que faltan por poseerlo.

REPARTO DE LA TIERRA: INTRODUCCIÓNⁿ

Con el capítulo 13 comienza la segunda parte del libro, que trata del reparto de la tierra. Una primera lectura nos ofrece un catálogo de nombres geográficos, bastante indigesto, ni siquiera agraciado con un poco de disposición esquemática. ¿Qué hacer con estos capítulos? Podemos intentar descubrir primero los materiales empleados por el autor y examinar después la intención de su composición.

Materiales

1. Al parecer, el autor usa una lista de fronteras y una lista de poblaciones. La primera intenta definir los límites de cada tribu; el trazado no es geométrico (como el de Ez 40s), hay repeticiones e incoherencias. Hace pensar en una lista antigua, cuando las tribus se habían consolidado en su diversidad dentro del territorio de Palestina y todavía no eran una monarquía unificada.

2. La segunda es una lista de poblaciones. La lista es detallada y parece aspirar a ser completa en las tribus del sur, es fragmentaria en las tribus del norte, falla en las tribus del centro. La identificación de muchas ciudades es posible: muchas veces el nombre árabe conservaba levemente deformado el nombre original (en bastantes ocasiones el moderno Estado de Israel ha restablecido el nombre antiguo), otras veces ayuda la arqueología. Quedan casos dudosos o insolubles por ahora. En algunos casos en que una localidad tiene nombre comprensible lo hemos traducido o adaptado al castellano, para conservar con cierta probabilidad lo que decía a oídos hebreos.

3. Introducen, cierran o interrumpen las listas algunos discursos del Señor o de Josué y algunas anécdotas. Los discursos del Señor son particularmente importantes para conocer el sentido del reparto.

4. Los capítulos 20s ofrecen listas de ciudades de asilo y ciudades levíticas.

Teología

Podemos distinguir los elementos genéricos de la tierra y los elementos específicos del reparto.

1. Los primeros se encuentran concentrados en los discursos del Señor. Respecto a los Patriarcas, la entrega de la tierra es el cumplimiento de una promesa jurada; la expresión más clara se encuentra en 21,43 (véanse también 1,6; 5,6). Respecto al desierto, la tierra prometida significa el descanso: 1,13.15; 21,44. Comparada con Egipto, donde los israelitas vivían de prestado, Palestina es tierra de propiedad: 18,3; 19,47.

2. Lo específico de estos capítulos es el reparto. La tierra prometida es entregada como totalidad al pueblo entero; la propiedad colectiva es el dato primario. El pueblo entero tiene derecho a poseer la tierra entera y a vivir en ella.

ⁿ **REPARTO DE LA TIERRA: 13,1–21,45.** A simple vista, este bloque de capítulos no motiva para nada a su lectura; listas de fronteras, poblaciones y nuevos propietarios no dicen mucho a nuestras preocupaciones pastorales actuales. Sin embargo, una atenta lectura nos podría proporcionar algún elemento para una mejor comprensión del problema actual de la tierra que enfrentan miles y miles de desposeídos en nuestros lugares de origen; pero, sobre todo, para poner los fundamentos bíblicos y teológicos a nuestro urgente compromiso cristiano con esos desposeídos. Una posible clave de lectura para estos capítulos es la preocupación y el deseo de Dios de un reparto equitativo de la tierra como punto de partida para un proyecto de libertad y de construcción de una sociedad solidaria e igualitaria. Así lo entendió el pueblo, y a ese proyecto tenemos que volver permanentemente nuestra mirada. Con demasiada frecuencia diseñamos planes pastorales y de evangelización y promoción humana casi perfectos en su formulación, pero muy pocos de ellos comienzan por donde lo hace el proyecto original de Dios: la ubicación del ser humano en un espacio concreto donde el individuo, la familia y la sociedad puedan realizarse. ¿Qué dicen nuestros planes de evangelización a unos destinatarios que tienen que ver desde lejos inmensos territorios cercados y rotulados con el inhumano título de «propiedad privada»? Más aún, ¿qué dicen esos mismos planes pastorales y de evangelización a los propietarios acaparadores de la tierra? ¿Acaso no parecen ser muchas veces el argumento teológico de dicha injusticia, cuando las etapas de nuestros planes se suceden y todo sigue igual o peor? La corriente deuteronomista (**D**), preocupada por este fenómeno de privación del derecho a la tierra, formula su posición: en el plan de Dios, la posesión de un territorio es esencial; pero no como propiedad privada, sino como una propiedad colectiva capaz de generar instituciones económicas, políticas, sociales, legislativas, judiciales y religiosas acordes con este modelo de propiedad. La misma corriente deuteronomista (**D**) va dejando constancia a lo largo de su obra –Deuteronomio– 2 Reyes– de los beneficios que trae este proyecto y de los perjuicios que acarrea abandonarlo o dejar que individuos o grupos de poder impongan otros modelos. Éste fue el caso del partido monárquico, que impuso la monarquía en Israel y con ella el empobrecimiento y la aparición de los desposeídos, antítesis del proyecto fundacional del pueblo de Dios que aún se constata en el moderno Israel y, en general, en todo el mundo capitalista –que paradójicamente coincide casi al detalle con el mundo cristiano–.

3. Se trata de una visión teológica, algo idealizada respecto a la realidad, pero más profunda que la simple experiencia de cultivar un campo. La concepción con su constelación de términos técnicos pasa a la literatura profética, en sentido propio y figurado, a las divisiones escatológicas, y se conserva con gran vitalidad en el Nuevo Testamento. De la traducción griega de «goral», «kleros» (suerte), procede nuestra palabra clero y sus derivados. Los extraños capítulos del libro de Josué suministran un fondo realista a un aspecto importante de la teología del Nuevo Testamento.

13 ¹Josué era viejo, de edad avanzada, y el Señor le dijo: –Ya eres viejo, de edad avanzada, y queda aún mucha tierra por ocupar, ²toda la parte filisteo y todo Guesur; ³desde el Sijor, en tierra de Egipto, hasta el límite de Ecrón, al norte, zona considerada como cananea; allí están los cinco principados filisteos –Gaza, Asdod, Ascalón, Gat, y Ecrón– y los heveos ⁴del sur. Además queda todo el país cananeo, desde la Cueva de los Fenicios hasta Afec, y hasta la frontera de los amorreos. ⁵Y por último todo el país de Biblos y el Líbano oriental, desde Baal-Gad, al pie del Hermón, hasta el Paso de Jamat. ⁶Yo expulsaré ante los israelitas a todos los habitantes de la montaña, desde el Líbano hasta Misrepot Maym, y a todos los fenicios. Tú sólo tienes que repartir el país entre los israelitas mediante un sorteo, según te lo he mandado. ⁷Sí, ya es hora de que repartas esta tierra entre las nueve tribus y la media tribu de Manasés para que la posean como herencia.

Transjordania

⁸La otra media tribu de Manasés, los de Rubén y los de Gad habían recibido ya la herencia que Moisés, siervo del Señor, les había asignado en Transjordania: ⁹desde Aroer a la orilla del Arnón, con la ciudad que está en medio del valle, toda la llanura de Mandaba hasta Dibón, ¹⁰y todas las ciudades de Sijón, rey amorreo que reinaba en Jesbón, hasta la frontera de los amonitas. ¹¹Además les había asignado Galaad, el territorio de los guesureos y macateos, todo el Hermón y todo el Basán hasta Salcá, ¹²y todo el reino de Og de Basán, que reinaba en Astarot y Edrey, y era uno de los últimos refaimitas a los que Moisés derrotó y expulsó. ¹³En cambio, los israelitas no pudieron expulsar a guesureos y macateos, que han seguido viviendo en medio de Israel hasta hoy.

¹⁴Sólo a la tribu de Leví no le asignó Moisés una herencia; el Señor, Dios de Israel, es su herencia, como les había prometido.

¹⁵A la tribu de Rubén Moisés le asignó, por clanes, ¹⁶una herencia cuyo territorio era: desde Aroer a la orilla del Arnón, con la ciudad que está en medio del valle, toda la llanura de Madabá; ¹⁷Jesbón y todos los pueblos de la meseta: Dibón, Mot-Baal, Bet-Baal-Maón, ¹⁸Yasá, Cademot, Mepaat, ¹⁹Quiriataym, Sibmá y Séret Sajar, en el monte y en el valle, ²⁰Bet-Fegor, las estribaciones del Fasga y Bet-Yesimot: ²¹todos los pueblos de la llanura y todo el reino de Sijón, rey amorreo que reinaba en Jesbón, al que derrotó Moisés, lo mismo que a los príncipes de Madián: Eví, Requen, Sur, Hur y Reba, vasallos de Sijón que vivían en el país. ²²Al adivino Balaán, hijo de Beor, los israelitas lo acuchillaron con los demás. ²³Así que el territorio de los rubenitas fue el Jordán y su ribera. Ésa fue, con sus ciudades y poblados, la herencia de los rubenitas, repartida por clanes.

²⁴A la tribu de Gad –a los gaditas– Moisés le asignó, por clanes, ²⁵una herencia cuyo territorio comprendía Jezer, todos los pueblos de Galaad, la mitad del país amonita, hasta Aroer, frente a Rabat, ²⁶y a partir de Jesbón hasta Ramat Hammispe y Betonim, desde Majnaym hasta los términos de Lodabar. ²⁷En el valle: Bet Haram y Bet-Nimrá, Sucot y Safón, lo que quedaba del reino de Sihón, rey de Jesbón. El Jordán servía de límite hasta la orilla del Mar de Galilea en Transjordania. ²⁸Ésa fue, con ciudades y poblados, la herencia de los gaditas, repartida por clanes.

²⁹A la media tribu de Manases, Moisés le había asignado, por clanes, ³⁰una herencia cuyo territorio comprendía desde Majanaim, todo Basán, todo el reino de Og, rey de Basán, todas las villas de Yair en Basán: sesenta poblaciones. ³¹Medio Galaad, Astarot y Edrey, ciudades del reino de Og de Basán, les tocaron a los

mauritas de Manases, media tribu de Manasés, por clanes. ³²Ésa fue la tierra que Moisés repartió en herencia en los llanos de Moab, en Transjordania, al este de Jericó. ³³A la tribu de Leví no le asignó herencia. El Señor, Dios de Israel, es su herencia, como les había prometido.

Introducción

14 ¹Éstos son los territorios que los israelitas recibieron como herencia en el país de Canaán, repartidos por el sacerdote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los cabezas de familias de las tribus de Israel. ²Ellos lo repartieron echando suertes, como había ordenado el Señor, por medio de Moisés, a las nueve tribus y media. ³Ya antes Moisés les había asignado herencia en Transjordania a dos tribus y media pero a los levitas no les asignó ninguna herencia en medio de ellos. ⁴Los descendientes de José formaban dos tribus: Manasés y Efraín; pero a los levitas no les asignaron ningún territorio en el país, sino ciudades para habitar con sus correspondientes campos para criar sus ganados y rebaños. ⁵Los israelitas hicieron el reparto de tierra como el Señor había mandado a Moisés.

Caleb

(Nm 14)

⁶Los de Judá se acercaron a Josué en Guilgal, y Caleb, hijo de Jefoné, el queniceo, le dijo:

—Ya sabes el encargo que, por orden del Señor, te dio para mí, Moisés hombre de Dios en Cades Barnea. ⁷Cuarenta años tenía yo cuando Moisés, siervo del Señor, me envió desde Cades Barnea a reconocer el país, y volví con una información fidedigna. ⁸Los compañeros que habían ido conmigo desanimaron a la gente; yo, en cambio, seguí plenamente al Señor, mi Dios, ⁹y Moisés juró aquel día: La tierra que han pisado tus pies será tu herencia y la de tus hijos por siempre, porque has seguido plenamente al Señor, mi Dios. ¹⁰Ahora ves que el Señor me ha conservado la vida, como prometió. Cuarenta y cinco años han pasado desde que el Señor se lo dijo a Moisés, cuando Israel andaba por el desierto; hoy cumplo ochenta y cinco años, ¹¹y todavía estoy tan fuerte como el día en que me envió Moisés: me siento ahora tan fuerte como entonces para luchar y para emprender lo que sea. ¹²Por eso, dame ese monte que me prometió aquel día el Señor. Tú lo oíste: que aquí vivían los enaquitas y que sus ciudades eran grandes y fortificadas. Ojalá el Señor esté conmigo y logre expulsarlos como él prometió.

¹³Entonces Josué lo bendijo y dio Hebrón en herencia a Caleb, hijo de Jefoné.

¹⁴Por eso Hebrón pertenece por herencia a Caleb, hijo de Jefoné, el queniceo, hasta el día de hoy, por haber seguido plenamente al Señor, Dios de Israel.

¹⁵Hebrón se llamaba antiguamente Quiriat Arbá, por el gigante enaquita.

Y el país quedó en paz.

Territorio de Judá

15 ¹*Suerte de la tribu de Judá por clanes.* El territorio que recibieron quedaba hacia la frontera de Edom, al sur del desierto de Sin, en el extremo sur. ²Su límite sur partía de la punta del Mar Muerto, desde el cabo que mira hacia el sur; ³salía luego frente a Maale Acrabbim, pasaba por Sin, subía al sur de Cades Barnea, pasaba Jesrón, subía a Adar, rodeaba Carcá, ⁴pasaba después por Asmón y venía a salir al río de Egipto, para acabar en el mar: Ésa era la frontera por el sur.

⁵Su límite oriental era el Mar Muerto, hasta la desembocadura del Jordán.

Su límite norte iba desde el cabo que hay en la desembocadura del Jordán, ⁶subía a Bet-Joglá, pasaba por encima de Bet-Arabá, subía por la Piedra de Bohán, hijo de Rubén, ⁷hasta Debir, por el Valle de Acor, dirigiéndose luego hacia Guilgal, frente a Maale Adumim, que queda al sur del arroyo; pasaba junto a las aguas de En Semes, para acabar en En-Roguel; ⁸después subía por el valle de Ben-Hinón, por la vertiente sur de los jebuseos, o sea, Jerusalén; subía a la cima del monte que hay sobre el valle Hinnón a oeste y que llega por el norte al extremo del valle de Refaín; ⁹luego torcía desde la cima del monte hacia la fuente del arroyo Neftoj y venía a salir a los pueblos del monte Efrón, torcía por Baalá, o sea, Quiriat Yearim, ¹⁰rodeaba desde Baalá por el oeste hacia los montes de Seír, y pasando la vertiente

norte de Har Yearim, o sea, Quislón, bajaba a Bet-Semes, pasaba Timná, ¹¹la frontera salía a la vertiente norte de Ecrón, giraba hacia Sicrín, cruzaba el monte Baalá, salía a Yabneel y terminaba en el mar. ¹²El Mar Mediterráneo era el límite. Esos eran los límites del territorio de los hijos de Judá, por clanes.

Caleb y Otoniel

(Jue 1,10-15)

¹³Josué, siguiendo la orden del Señor, asignó a Caleb, hijo de Jefoné, un lote en medio de Judá: Quiriat Arbá –el padre de Enac–, o sea, Hebrón. ¹⁴Caleb expulsó de allí a los tres hijos de Anac, descendientes de Enaq: Sesay, Ajimán y Talmay. ¹⁵Desde allí subió contra los de Debir, llamada antiguamente Quiriat Sefer, ¹⁶y prometió:

–Al que tome al asalto Quiriat Sefer le doy por esposa a mi hija Aczá.

¹⁷Otoniel, hijo de Quenaz, pariente de Caleb, tomó la ciudad, y Caleb le dio por esposa a su hija Aczá. ¹⁸Cuando ella llegó, Otoniel la convenció para que pidiera a su padre un terreno de cultivo; ella se bajó del burro, y Caleb le preguntó:

–¿Qué te pasa?

¹⁹Contestó:

–Hazme un regalo. La tierra que me has dado es desértica, dame también tierra con manantiales.

Y Caleb le dio el manantial de Arriba y el manantial de Abajo.

²⁰Ésa fue la heredad de la tribu de Judá, por clanes.

Pueblos de Judá

²¹Poblaciones de la tribu de Judá. En la frontera del sur, junto a Edom: Cabseel, Eder, Yagur, ²²Quina, Dimón, Adadá, ²³□Cades, Jasor, Yitnán, ²⁴Zif, Telán, Baalot, ²⁵Jasor Jadatá, Quiriat Jesron, o sea Jasor, ²⁶Amán, Semá, Moladá, ²⁷Jasar Gadda, Jesmón, Bet-Pelet, ²⁸Jasar Sual, Berseba, Biziotía, ²⁹Baalá, Iyim, Esen, ³⁰□Eltolad, Qesil, Jorma, ³¹Sicelag, Madmaná, Sansaná, ³²Lebaot, Siljim, En Rimón. Veintinueve ciudades con sus poblados.

³³En la Sefela: Estaol, Sorá, Asená, ³⁴Zanoj, En Gannim, Tapuj y Enán, ³⁵Yarmut, Adulán, Socó y Azecá, ³⁶Saaraym, Aditaym, Guedera, Gederotaym. Catorce ciudades con sus poblados.

³⁷Sanán, Jadasá, Migdal Gad, ³⁸Dileán, Hammispè, Yoctael, ³⁹Laquis, Boscat, Eglón, ⁴⁰Cabón, Lajmás, Quitlis, ⁴¹Gederot, Bet-Dagón, Naamá, Maquedá. Dieciséis ciudades con sus poblados.

⁴²Libná, Eter, Asán, ⁴³Yiptaj, Esná, Nasib, ⁴⁴Queilá, Aczib, Maresa. Nueve ciudades con sus poblados. ⁴⁵Ecrón con sus poblados. ⁴⁶Y desde Ecrón hasta el mar todas las ciudades que quedan al lado de Asdod, con sus poblados.

⁴⁷Asdod y sus poblados, Gaza y sus poblados hasta el río de Egipto. El Mediterráneo era el límite.

⁴⁸En la montaña: Samir, Yatir, Socó, ⁴⁹Daná, Quiriat Saná –o sea, Debir–, ⁵⁰Anab, Estemó, Anim, ⁵¹Gosén, Jalón, Guiló. Once ciudades con sus poblados.

⁵²Arab, Rumá, Eseán, ⁵³Yanim, Bet-Tapúa, Afec, ⁵⁴Jumtá, Quiriat Arbá –o sea, Hebrón– y Sior. Nueve ciudades con sus poblados.

⁵⁵Maón, Carmel, Zif, Yutá, ⁵⁶Yezrael, Yocdeán, Zanoj, ⁵⁷Caín, Guibeá, Timná. Diez ciudades con sus poblados.

⁵⁸Jaljul, Bet-Sur, Guedor, ⁵⁹Maarat, Bet-Anot, Eltecón. Seis ciudades con sus poblados.

Tecua, Efrata –o sea, Belén–, Fegor, Etam, Quilón, Tatam, Sores, Querem, Galim, Beter, Manoc. Once ciudades con sus poblados.

⁶⁰Quiriat-Baal –o sea, Quiriat Yearim–, Rabá. Dos ciudades con sus poblados.

⁶¹En el desierto: Bet-Arabá, Medín, Secacá, ⁶²Nibsán, Ir Hammélaj, Engadí. Seis ciudades con sus poblados.

⁶³Pero la tribu de Judá no pudo expulsar a los jebuseos que habitaban en Jerusalén; por eso han seguido viviendo en Jerusalén, en medio de Judá, hasta hoy.

Territorio de José

16

¹*Suerte de la tribu de José.* El límite del territorio iba desde el Jordán, al este de Jericó, y subía desde Jericó a la montaña de Betel. ²Saliendo de Betel –es decir Luz– iba hasta la frontera de los arquitas, en Atarot, ³bajaba por el oeste hasta la frontera de los yafletitas, hasta el término de Bet-Jorón de Abajo y Guézer, y terminaba en el mar. ⁴Ésa fue la herencia de Manasés y Efraín, hijos de José.

⁵Territorio de los efraimitas por clanes. El límite de su herencia iba desde Atarot Adar, al este, hasta Bet-Jorón de Arriba ⁶y terminaba en el mar; desde Micmetá, en el norte, daba un rodeo hacia el este de Taanat de Siló, pasaba después al este de Yanoj; ⁷bajaba desde Yanoj a Atarot y Naará, llegaba a Jericó y terminaba en el Jordán. ⁸Desde Tapuj iba en dirección oeste por el torrente de Caná y terminaba en el mar. Ésa fue la herencia de la tribu de Efraín por clanes, ⁹además de las ciudades reservadas a los efraimitas en las posesiones de Manasés, todas las ciudades con sus poblados. ¹⁰Efraín no pudo expulsar a los cananeos de Guézer; los cananeos siguieron viviendo en medio de Efraín, hasta hoy, aunque sometidos a trabajos forzados.

Territorio de Manasés

17 ¹*Suerte de la tribu de Manasés, primogénito de José.* A Maquir, primogénito de Manasés, padre de Galaad, que era hombre belicoso, le tocaron Galaad y Basán. ²También se sortearon las tierras que les tocarían, según el número de sus clanes, a los otros hijos de Manasés: a Abiézer, Jélec, Asriel, Siquén, Jéfer y Semidá, o sea, los hijos varones de Manasés, nietos de José. ³Pero Salfajad, hijo de Jéfer, hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, no tuvo hijos varones, sino sólo hijas; se llamaban Majlá, Noá, Joglá, Milcá y Tirsá. ⁴Éstas se presentaron al sacerdote Eleazar, a Josué, hijo de Nun, y a los representantes de tribus, reclamando:

–El Señor mandó a Moisés que nos diera una herencia entre nuestros parientes.

Entonces les dieron, según la orden del Señor, una herencia entre los parientes de su padre. ⁵Así, le tocaron a Manasés diez partes, además de Galaad y Basán, en Transjordania, ⁶porque las hijas de Manasés recibieron una herencia entre sus parientes, mientras que el país de Galaad fue para los otros hijos de Manasés.

⁷La frontera Manasés por el lado de Aser iba por Micmetá, frente a Siquén, seguía por el sur de En Tapuj ⁸–la zona de Tapuj pertenecía a Manasés, pero el poblado, en el confín de Manasés, era de Efraín–, ⁹y bajaba al torrente de Caná; las ciudades al sur del torrente eran las ciudades que tenía Efraín en medio de Manasés; Manasés llegaba hasta la parte norte del torrente; su límite terminaba en el mar. ¹⁰Limitaban con el mar: al sur, Efraín, y al norte, Manasés éste limitaba al norte con Aser, al este con Isacar. ¹¹Manasés tenía enclaves en Isacar y Aser: Beisán y sus poblados, Yiblán y sus poblados, los vecinos de Dor y sus poblados, los vecinos de Endor y sus poblados, los vecinos de Taanac y sus poblados, los vecinos de Meguido y sus poblados; y la tercera parte de la región.

¹²Pero Manasés no logró desalojar aquellas ciudades, y los cananeos pudieron seguir en aquella región. ¹³Cuando los israelitas se hicieron fuertes, los sometieron a trabajos forzados, aunque no llegaron a expulsarlos.

¹⁴Los hijos de José reclamaron ante Josué:

–¿Por qué nos has asignado como herencia en el sorteo sólo una porción de territorio, cuando somos tantos, gracias a Dios?

¹⁵Josué les contestó:

–Si son tantos que no caben en los montes de Efraín, suban a los bosques y desmonten tierras en la región de los fereceos y refaimitas.

¹⁶Los de José replicaron:

–Es verdad que estos montes no nos alcanzan. Pero los cananeos que viven en el valle –los de Beisán y los del valle de Yezrael– tienen carros de hierro.

¹⁷Josué contestó a los hijos de José, a Efraín y Manasés:

–Ustedes son muchos y fuertes: no tendrán una sola porción de territorio. ¹⁸De ustedes será una montaña; es verdad que es boscosa, pero la talarán y sus confines serán de ustedes. Además expulsarán a los cananeos, aunque tengan carros de hierro y sean poderosos.

Asambleas

18¹La asamblea israelita en pleno se reunió en Siló e instalaron allí la tienda del encuentro. El país les estaba sometido. ²Pero quedaban siete tribus israelitas que no habían recibido aún su heredad. ³Josué les dijo:

—¿Hasta cuándo van a estar con los brazos cruzados, sin ir a tomar posesión de la tierra que les ha dado el Señor, Dios de sus padres? ⁴Elijan tres hombres de cada tribu; yo los mandaré a recorrer el país para que hagan un plano dividido por herencias, y después volverán a mí. ⁵Dividirán el país en siete lotes. Judá seguirá en su territorio, al sur, y la casa de José en el suyo, al norte. ⁶Hagan el plano del país dividiéndolo en siete lotes y tráiganme el proyecto. Después lo echaré a suertes aquí, ante el Señor, nuestro Dios. ⁷A los levitas no les tocará ninguna parte porque lo que les toca a ellos es el sacerdocio del Señor. Por su parte, Gad, Rubén y media tribu de Manasés ya recibieron en Transjordania la herencia que les asignó Moisés, siervo del Señor.

⁸Cuando aquellos hombres emprendían el camino para hacer el mapa del país, Josué les ordenó:

—Vayan a recorrer el país y hagan un mapa; cuando vuelvan, yo lo echaré a suertes ante el Señor, aquí en Siló.

⁹Ellos marcharon y atravesaron el país, registrando por escrito las ciudades en siete lotes, y se lo llevaron a Josué al campamento de Siló. ¹⁰Josué echó las suertes entre los israelitas, ante el Señor y distribuyó la tierra a cada una de las tribus de Israel.

¹¹*Salió la suerte de Benjamín, por clanes.* El territorio que le tocó está entre Judá y José. ¹²Su límite norte partía del Jordán, subía por la vertiente norte de Jericó, luego el monte hacia el oeste y terminaba en el desierto de Bet-Avén. ¹³De allí pasaba a Luz —es decir, Betel— por su vertiente sur, bajando después a Atarot Adar por el monte que hay al sur de Bet-Jorón de Abajo. ¹⁴Después torcía, dando la vuelta por la parte oeste, hacia el sur, desde el monte que está frente a Bet-Jorón, al sur, y terminaba en Quiriat-Baal —o sea, Quiriat Yearim—, ciudad que pertenecía a Judá. Ese era el límite occidental.

¹⁵Por el sur, desde el término de Quiriat Yearim, iba hacia la fuente del arroyo de Neftoj. ¹⁶Después, por la punta del monte que hay frente al valle de Hinnón, al norte del valle de Refaim, bajaba al valle de Hinnón por la vertiente sur de los jebuseos, hasta En-Roguel; ¹⁷después torcía hacia el norte, llegaba a En Semes y a los cerros que hay frente a Maalé Adumim, bajaba a la Piedra de Bohán, hijo de Rubén, ¹⁸pasaba por la vertiente norte frente a Bet-Arabá, bajaba hacia la estepa, ¹⁹pasaba por la vertiente norte de Bet-Joglá, terminando en el cabo del Mar Muerto, el cabo norte, en la desembocadura del Jordán. Ésta era la frontera sur.

²⁰Por el este, el Jordán le servía de límite.

Ésa fue la herencia de Benjamín, por clanes, siguiendo el trazado de sus límites.

²¹Ciudades de la tribu de Benjamín, por clanes: Jericó, Bet-Joglá, Valle Quesís, ²²Bet-Arabá, Semaraym, Betel, ²³Avim, Zaca, Ofrá, ²⁴Villar del Amonita, OfnÍ, Guibeá. Doce ciudades con sus poblados.

²⁵Gabaón, Haramá, Beerot, ²⁶Mispá, Quefirá, Mosá, ²⁷Requen, Yirfel, Tarela, ²⁸Sela Haelep, Jebús —o sea, Jerusalén—, Guibeá, Quiriat Yearim. Catorce ciudades con sus poblados.

Esa fue la herencia que recibieron los clanes de la tribu de Benjamín.

19¹En segundo lugar salió la suerte de Simeón, por clanes. Su herencia quedaba en medio de la herencia de Judá.

²Les tocaron como herencia: Berseba, Semá, Molada, ³Jasar Suel, Balá, Esem, ⁴Eltolad, Betul, Jormá, ⁵□Sicelag, Bet-Marcabot, Jasar Susá, ⁶Bet-Lebaot, Sarujén. Trece ciudades con sus poblados.

⁷Ayin, Rimón, Eter y Asán. Cuatro ciudades con sus poblados.

⁸Más todos los poblados que hay en torno a esas ciudades hasta Baalat Beer y Ramat del Negueb.

Ésa fue la herencia que recibieron los clanes de la tribu de Simeón.

⁹La herencia de Simeón estaba enclavada en el lote de Judá, porque a Judá le había tocado una parte demasiado grande; por eso los de Simeón tenían su herencia en medio de Judá.

¹⁰En tercer lugar salió *la suerte de Zabulón, por clanes*. ¹¹Su límite llegaba hasta Sarid, subía por el oeste a Maralá, llegaba a Dabeseť y hasta el torrente que está frente a Yocneán, ¹²de Sarid volvía al este, hasta el término de Quislot Tabor, salía a Daberat y subía a Yapía; ¹³de allí, siguiendo hacia el este, pasaba por Guitá-Jefer hasta Itá Casín, salía a Rimón y torcía hacia Neá; ¹⁴después daba la vuelta por el norte de Janatón, para terminar en el valle de Yiptajel. ¹⁵Su territorio incluía además Catat, Nahlal, Simerón, Yidalá y Belén. Doce ciudades con sus poblados.

¹⁶Esa fue la herencia que recibieron los clanes de la tribu de Zabulón: las ciudades y sus poblados.

¹⁷En cuarto lugar salió *la suerte de la tribu de Isacar, por clanes*. ¹⁸Su territorio comprendía: Yezrael, Qesulot, Sunán, ¹⁹Jafaraym, Sión, Anajarat, ²⁰Harabit, Quisión, Abes, ²¹Yarmut, En Ganim, En Jadá, Bet-Fasés; ²²el límite llegaba al Tabor, Sajasín y Bet-Semes y terminaba en el Jordán. Dieciséis ciudades con sus poblados.

²³Esa fue la herencia que recibieron los clanes de la tribu de Isacar: las ciudades y sus poblados.

²⁴En quinto lugar salió *la suerte de la tribu de Aser, por clanes*. ²⁵Su territorio comprendía: Jelcat, Jalí, Beten, Acsaf, ²⁶Alamélec, Amad y Misal; el límite occidental llegaba al Carmelo y Sijor Libnat; ²⁷volviendo al este hacia Bet-Dagón, llegaba a Zabulón y a la parte norte del Valle de Yiptajel, a Bet-Emec y Nehiel, saliendo por el norte a Cabul, ²⁸Abdón, Rejob, Jamón, Caná y Sidón capital; ²⁹volvía hacia Ramá y la fortaleza de Tiro, volvía luego por Josá y terminaba en el mar. El territorio incluía, además, la región de Aczib, ³⁰Uma, Afec y Rejob. Veintidós ciudades con sus poblados.

³¹Esa fue la herencia que recibieron los clanes de la tribu de Aser: las ciudades y sus poblados.

³²En sexto lugar salió *la suerte de la tribu de Neftalí, por clanes*. ³³Su límite partía de Jélef, la Encina de Sananín, Adamá Haneqeb y Yabneel, hasta Lacún, y terminaba en el Jordán, ³⁴volvía luego por el este, hacia Aznot Tabor; de allí salía hacia Jucoc y lindaba con Zabulón por el sur, con Aser al oeste y con el Jordán al este; ³⁵comprendía las ciudades fortificadas de Sidín, Ser, Jamat, Racat, Genesaret, ³⁶Adamá, Haramá, Jasor, ³⁷Cades, Edrey, En Jasor, ³⁸Yirón, Migdalel, Jorén, Bet-Anat y Bet-Semes. Diecinueve ciudades con sus poblados.

³⁹Esa fue la herencia que recibieron los clanes de la tribu de Neftalí: las ciudades y sus poblados.

⁴⁰En séptimo lugar salió *la suerte de la tribu de Dan, por clanes*. ⁴¹El territorio de su herencia comprendía: Sorá, Estaol, Ir Semes, ⁴²Salbín, Ayalón, Yitlá, ⁴³Elón, Timná, Ecrón, ⁴⁴Elteque, Gabatón, Baalá, ⁴⁵Yehud, Bene Barac, Gat Rimón, ⁴⁶Río Yarqón con el término frente a Jafa. ⁴⁷Pero aquel territorio resultaba demasiado estrecho para los hijos de Dan, y por eso subieron a atacar a Lais; la conquistaron, pasaron a cuchillo a sus habitantes, tomaron posesión y se instalaron en ella, y la llamaron Dan, en recuerdo de su antepasado.

⁴⁸Esa fue la herencia que recibieron los clanes de la tribu de Dan: las ciudades y sus poblados.

⁴⁹Así terminaron de repartir la tierra y de marcar sus límites. Después los israelitas dieron a Josué, hijo de Nun, una herencia en medio de ellos. ⁵⁰Siguiendo la orden del Señor, le dieron el pueblo que pidió: Timná Séráj, en la sierra de Efraín. Josué lo reconstruyó y se instaló allí.

⁵¹Esta fue la herencia que repartieron entre las tribus de Israel el sacerdote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los cabezas de familia, echando a suertes en Siló, en presencia del Señor, a la entrada de la tienda del encuentro. Así terminaron de repartir el país.

Ciudades de refugio

(Nm 35; Dt 19)

20 ¹El Señor dijo a Josué:
²—Di a los israelitas: Determinen cuáles serán las ciudades de refugio, de las

que les habló Moisés, ³donde pueda buscar asilo el que haya matado a alguien sin intención. Ellas les servirán de refugio contra el vengador de la sangre. ⁴El que busque asilo en una de esas ciudades, se colocará en la plaza junto a la puerta de la ciudad y expondrá su caso a los ancianos, éstos lo admitirán en la población y le señalarán una casa para vivir entre ellos. ⁵Si el vengador de la sangre llega en su persecución, no le entregarán al homicida, porque mató involuntariamente, sin estar enemistado con el otro. ⁶Vivirá en aquella ciudad mientras no comparezca a juicio ante la asamblea, hasta que muera el sumo sacerdote en funciones por entonces. Después el asesino podrá volver a su ciudad y a su casa, a la ciudad de la que huyó.

⁷Entonces los israelitas consagraron las siguientes ciudades: Cades de Galilea, en los montes de Neftalí; Siquén, en la serranía de Efraín; Villa Arbá –o sea, Hebrón–, en la serranía de Judá. ⁸En Transjordania, al este de Jericó, señalaron Béser Bamidbar, en la llanura de la tribu de Rubén; Ramot de Galaad, en la tribu de Gad, y Golán de Basán, en la tribu de Manasés.

⁹Esas fueron las ciudades designadas para los israelitas y emigrantes que vivieran entre ellos, con el fin de que pudiera encontrar asilo en ellas el homicida involuntario, librándose de morir a manos del vengador de la sangre, antes de comparecer ante la asamblea.

Ciudades levíticas

(Nm 35,1-8)

21 ¹Los jefes de familia de la tribu de Leví se acercaron al sacerdote Eleazar, a Josué, hijo de Nun, y a los jefes de familia de las tribus de Israel, ²en Siló, en el país de Canaán, y les dijeron:

–El Señor mandó, por medio de Moisés, que se nos dieran ciudades para vivir y campos de pastoreo para nuestros ganados.

³Entonces los israelitas, siguiendo la orden del Señor, dieron de sus territorios a los levitas las siguientes ciudades con sus campos de pastoreo.

⁴Se echó a suertes para el clan de Quehat; a los levitas descendientes del sacerdote Aarón les tocaron trece ciudades de las tribus de Judá, Simeón y Benjamín. ⁵A los otros hijos de Quehat, por clanes, les tocaron en el sorteo diez ciudades de las tribus de Efraín, Dan y la mitad de Manasés. ⁶A los hijos de Guersón, por clanes, les tocaron en el sorteo diez ciudades de las tribus de Ísacar, Aser y Neftalí y de la mitad de Manasés, en Basán. ⁷A los hijos de Merarí, por clanes, les tocaron doce ciudades de las tribus de Rubén, Gad y Zabulón. ⁸Los israelitas asignaron a los levitas por sorteo aquellas ciudades con sus campos de pastoreo, como había mandado el Señor a Moisés.

⁹De las tribus de Judá y Simeón les asignaron las poblaciones que se indican a continuación: ¹⁰a los levitas hijos de Aarón, de los clanes de Quehat –porque a ellos les tocó primero la suerte–, ¹¹Villa Arbá –el padre de Enac– o sea, Hebrón, en la sierra de Judá, con sus campos de pastoreo alrededor. ¹²Los campos de cultivo y los poblados próximos se los habían dado en propiedad a Caleb, hijo de Jefoné.

¹³Con derecho de asilo para los homicidas les asignaron Hebrón y sus campos de pastoreo, y además asignaron Libná, ¹⁴Yatir, Estemó ¹⁵Jolón, Debir, ¹⁶Ayin, Yutá y Bet-Semes cada una con su correspondiente campo de pastoreo. Nueve ciudades de las dos tribus dichas.

¹⁷De la tribu de Benjamín les dieron: Gabaón, Guibeá, ¹⁸Anatot y Almón cada una con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades.

¹⁹Suma total de las ciudades de los sacerdotes hijos de Aarón, trece ciudades con sus campos de pastoreo.

²⁰A los restantes levitas descendientes de Quehat, de los clanes de Quehat, les tocaron en suerte ciudades de la tribu de Efraín; ²¹les asignaron, con derecho de asilo para los homicidas, Siquén y sus campos de pastoreo, en la serranía de Efraín, y también Guézer. ²²Quibsáin y Bet-Jorón cada una con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades. ²³De la tribu de Dan les dieron: Elteque, Gabatón, ²⁴Ayalón, Gat Rimón cada una con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades. ²⁵Y de la media tribu de Manases les dieron: Taanac y Gat Rimón cada una con sus campos de pastoreo: dos ciudades.

²⁶Suma total de las ciudades con sus campos de pastoreo para los clanes de los restantes hijos de Quehat: diez.

²⁷Para los levitas hijos de Guersón y sus familias les dieron: de la media tribu de Manasés, con derecho de asilo para los homicidas, Golán de Basán y sus campos de pastoreo y también Astarot y sus campos de pastoreo; dos ciudades. ²⁸De la tribu de Isacar les dieron: Quisión, Daberat, ²⁹Yarmut y En Ganim, todas con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades. ³⁰De la tribu de Aser les dieron: Misal, Abdón, ³¹Jelcá y Rejob todas con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades. ³²De la tribu de Neftalí les dieron, con derecho de asilo para los homicidas: Cades de Galilea y sus campos de pastoreos, y además Jamat de Dor y Población cada una con sus campos de pastoreo; tres ciudades.

³³Suma total de las poblaciones de los guersonitas, por clanes, trece ciudades y sus campos de pastoreo.

³⁴Para los otros clanes levíticos descendientes de Merarí les dieron de la tribu de Zabulón, Yocneán, Cartá, ³⁵Dimna y Nahalal cada una con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades. ³⁶De la tribu de Rubén, en Transjordania, les dieron con derecho de asilo para los homicidas: Béser y sus campos de pastoreo, y además Yahas, ³⁷Quedemot y Mepaat cada una con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades. ³⁸De la tribu de Gad les dieron, con derecho de asilo para los homicidas: Ramot de Galaad con sus campos de pastoreo y además Majnaym, ³⁹Jesbón y Yazer y sus campos de pastoreo; cuatro ciudades.

⁴⁰Suma total de poblaciones que tocaron por sorteo a los otros clanes levíticos descendientes de Merarí, por clanes, doce ciudades.

⁴¹Suma total de ciudades levíticas en medio del territorio propiedad de los israelitas, cuarenta y ocho ciudades con sus campos de pastoreo. ⁴²Cada una de esas ciudades incluía los campos de pastoreo que tenían a su alrededor; lo mismo sucedía con todas las ciudades mencionadas.

⁴³Así fue como el Señor les dio a los israelitas todo el territorio que les había prometido bajo juramento a sus antepasados y ellos se establecieron y vivieron allí.

⁴⁴El Señor les dio paz con todos los pueblos vecinos, exactamente como lo había jurado a sus padres; ni un enemigo pudo resistirles; el Señor les entregó a todos sus enemigos. ⁴⁵No dejó de cumplirse una palabra de todas las promesas que había hecho el Señor a la casa de Israel. Todo se cumplió.

REPARTO DE LA TIERRA: CONCLUSIÓN

El altar de Transjordania^o

22 ¹Entonces Josué llamó a los de Rubén, a los de Gad y a la mitad de la tribu de Manasés, ²y les dijo:

–Ustedes han obedecido las órdenes de Moisés, siervo del Señor, y también me han obedecido a mí en todo lo que yo les he mandado; ³no han abandonado a sus hermanos desde hace muchos años; han cumplido las órdenes que les dio el Señor, su Dios. ⁴Ahora bien, el Señor, su Dios, ha dado ya el descanso a sus hermanos, como les había prometido. Así que ustedes márchense a casa, a la tierra de su propiedad, la que les dio Moisés, siervo del Señor, en Transjordania. ⁵Cumplan a la

^o **22,1-34 El altar de Transjordania.** Una vez terminadas las actividades de la conquista y del reparto de los territorios, Josué despide a los hombres de las tribus de Rubén y Gad y de la media tribu de Manasés para que regresen al oriente del Jordán donde Moisés los había instalado, ya que habían cumplido con la promesa/exigencia de cruzar el Jordán para ayudar al resto de sus hermanos en la conquista de Canaán (cfr. Nm 32). Es probable que esta separación territorial haya sido mal vista en algún momento, incluso se pueden haber dado intentos de separación definitiva; el hecho es que nos encontramos con el relato de la construcción de un altar por parte de esos mismos hombres apenas vuelven a cruzar el Jordán (10-34), lo cual es interpretado por el resto de tribus como un acto separatista. El altar que unificaba a las doce tribus ya había sido construido en Siló, y por tanto no había por qué construir ningún otro. Con todo, una vez hechas las aclaraciones, las relaciones intertribales continúan su curso normal. Este suceso podría aludir a la necesidad de centralización del culto que la misma corriente deuteronomista (**D**) había promovido ya en el s. VII a.C. y que Josías había respaldado con su autoridad real, pero también podría tratarse de un aviso a la comunidad contemporánea del libro de Josué para que rechazara cualquier lugar de culto que no fuera Jerusalén –recordemos que en la época de la edición de Josué hay muchos judíos que viven en la dispersión, tanto en Mesopotamia como en Egipto–.

letra los mandatos y leyes que les dio Moisés, siervo del Señor: amar al Señor, su Dios, caminar por sus sendas, cumplir sus mandamientos y mantenerse fieles a él, sirviéndolo con todo el corazón y toda el alma.

⁶Josué los bendijo y los despidió. Ellos marcharon a sus casas.

⁷Moisés había dado tierras en Basán a media tribu de Manasés; a la otra media tribu Josué le dio tierras en medio de sus hermanos, en Cisjordania. También a éstos los bendijo y los despidió diciéndoles:

⁸–Vuelvan a casa llenos de riquezas, con rebaños abundantes, con plata y oro, con bronce y hierro y ropa abundante. Repartan con sus hermanos el botín tomado al enemigo.

⁹Los de Rubén, los de Gad y los de la media tribu de Manasés dejaron a los israelitas en Siló de Canaán y emprendieron la marcha hacia el país de Galaad, la tierra de su propiedad, que Moisés les había entregado por orden del Señor.

¹⁰Fueron a la zona del Jordán, en Canaán, y levantaron allí un altar junto al Jordán, un altar grande, bien visible.

¹¹Los israelitas se enteraron de que los de Rubén, los de Gad y los de la media tribu de Manasés habían levantado un altar frente al país de Canaán, en la zona del Jordán, al margen del territorio israelita, ¹²y reunieron la asamblea en Siló, para ir a luchar contra ellos.

¹³Los israelitas les enviaron a los de Rubén, a los de Gad y a los de la media tribu de Manasés, que estaban en el país de Galaad, a Fineés, hijo del sacerdote Eleazar, ¹⁴con diez notables, uno por cada tribu de Israel, jefes de familia. ¹⁵Se presentaron a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés, del país de Galaad, y les dijeron:

¹⁶–Así dice la asamblea del Señor: ¿Qué pecado es ése que han cometido contra el Dios de Israel, apostatando hoy del Señor, haciéndose un altar, rebelándose contra el Señor? ¹⁷¡Como si no nos bastara el crimen de Fegor, que no hemos logrado borrar de nosotros hasta hoy, y eso que vino un castigo a la comunidad del Señor! ¹⁸¡Ustedes se han apartado hoy del Señor! Y si ustedes se rebelan hoy contra el Señor, mañana él estará encolerizado contra toda la comunidad de Israel. ¹⁹Si la tierra que les ha tocado está contaminada, vengan a la tierra del Señor, en la que está su santuario, y elijan una propiedad entre nosotros. Pero ino se rebelen contra el Señor, no nos hagan cómplices de su rebeldía levantando otro altar además del altar oficial del Señor, nuestro Dios! ²⁰Cuando Acán, hijo de Zéraj, pecó con lo consagrado, él pereció por su pecado; pero la ira de Dios alcanzó a toda la comunidad de Israel, y eso que se trataba de uno sólo.

²¹Los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés respondieron a los jefes de familia de Israel:

²²–¡El Señor, Dios de los dioses; el Señor, Dios de los dioses, lo sabe bien, y que Israel lo sepa! Si ha habido rebelión o pecado contra el Señor, que nos castigue hoy mismo. ²³Si hemos hecho un altar para apostatar del Señor, para ofrecer en él holocaustos, presentar ofrendas y hacer sacrificios de comunión, que el Señor nos pida cuentas. ²⁴Pero no. Nosotros lo hicimos con esta preocupación: el día de mañana sus hijos dirán a los nuestros: ¿Qué tienen que ver ustedes con el Señor, Dios de Israel? ²⁵El Señor puso el Jordán como frontera entre nosotros y ustedes, los de Rubén y los de Gad. ¡Ustedes no tienen nada que ver con el Señor! Y así sus hijos alejarán a los nuestros del culto del Señor. ²⁶Entonces nos dijimos: Vamos a hacernos un altar no para ofrecer holocaustos ni sacrificios de comunión, ²⁷sino como testimonio entre ustedes y nosotros con nuestros sucesores de que seguiremos dando culto al Señor en su templo con nuestros holocaustos y sacrificios de comunión. Que el día de mañana no digan sus hijos a los nuestros: Ustedes no tienen nada que ver con el Señor. ²⁸Nos dijimos: Si el día de mañana nos dicen algo a nosotros y a nuestros sucesores, les diremos: Fíjense en la forma de ese altar del Señor que hicieron nuestros padres: no sirve para holocaustos ni sacrificios de comunión, sino como testimonio entre ustedes y nosotros. ²⁹Ni pensar en rebelarnos contra el Señor ni en apostatar hoy del Señor levantando un altar para ofrecer holocaustos, presentar ofrendas y sacrificios de comunión fuera del altar del Señor, nuestro Dios, que está en su santuario.

³⁰Cuando el sacerdote Fineés, los notables de la comunidad y los cabezas de familia israelitas que lo acompañaban oyeron la explicación de los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, les pareció bien. ³¹Y Fineés, hijo del sacerdote Eleazar, dijo a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés:

–Ahora sabemos que el Señor está entre nosotros, porque no han cometido ese pecado contra él. Han librado a los israelitas del castigo del Señor.

³²Luego el sacerdote Fineés, hijo de Eleazar, y los notables dejaron a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés en el país de Galaad, y se volvieron al país de Canaán, a los israelitas, y les informaron de lo ocurrido. ³³El informe convenció a los israelitas. Bendijeron al Señor, Dios de Israel, y no se habló más de subir contra ellos en plan de guerra para destruir la zona donde se habían instalado los rubenitas y los gaditas.

³⁴Éstos últimos llamaron a aquel altar Altar del Testimonio, explicando:

–Nos servirá de testimonio de que el Señor es Dios.

Despedida de Josué^P

23 ¹Habían pasado muchos años desde que el Señor puso fin a las hostilidades de Israel con sus enemigos fronterizos. Josué era ya de edad avanzada, ²y convocó a todo Israel, a los ancianos, a los jefes de familias, a los jueces y escribas y les dijo:

–Yo ya soy viejo, de edad avanzada. ³Ustedes han visto cómo ha tratado el Señor, su Dios, a todos esos pueblos ante ustedes; el Señor, su Dios, es quien peleó por ustedes.

⁴Ahora miren bien: yo les he sorteado como herencia para cada tribu tanto a los pueblos que todavía quedan por conquistar como a los que yo aniquilé, desde el Jordán hasta el Mediterráneo, en occidente. ⁵El Señor, su Dios, se los quitará de delante y los despojará de sus dominios para que ustedes puedan tomar posesión de sus tierras, tal como se los prometió el Señor, su Dios.

⁶Por eso, esfuércense en cumplir todo lo escrito en el libro de la Ley de Moisés, sin desviarse ni a derecha ni a izquierda, ⁷y sin mezclarse con esos pueblos que todavía quedan entre ustedes.

No invoquen a sus dioses, ni juren por ellos, ni les den culto, ni se postren ante ellos; ⁸al contrario, manténganse fieles a su Dios como lo han hecho hasta hoy.

⁹El Señor ha arrojado de delante de ustedes a pueblos grandes y fuertes, sin que nadie se les haya resistido hasta hoy. ¹⁰Uno solo de ustedes puede perseguir a mil, porque el Señor, su Dios, lucha por ustedes, como les ha prometido.

¹¹Pongan toda el alma en amar al Señor, su Dios; ¹²pero si se vuelven atrás y se unen a esos pueblos que quedan entre ustedes y se emparentan con ellos, si ustedes se mezclan con ellos y ellos con ustedes, ¹³estén seguros de que el Señor, su Dios, no se los volverá a quitar de delante y ellos serán para ustedes un lazo y una trampa, látigo sobre sus costados y espinas en los ojos, hasta que ustedes desaparezcan de esa tierra magnífica que les ha dado el Señor, su Dios.

¹⁴Yo emprendo hoy el viaje que a todos les toca recorrer. Reconozcan de todo corazón y con toda el alma que no ha dejado de cumplirse una sola de todas las promesas que les hizo el Señor, su Dios. Todas se han cumplido, ni una sola ha dejado de cumplirse. ¹⁵Porque del mismo modo que han venido sobre ustedes todas las bendiciones que les anunció el Señor, su Dios, lo mismo enviará el Señor contra ustedes todas las maldiciones, hasta exterminarlos de esta tierra magnífica que les ha dado el Señor, su Dios.

¹⁶Si quebrantan la alianza que el Señor, su Dios, les dio, y van a servir a otros dioses rindiéndoles adoración, el Señor se encolerizará contra ustedes y serán expulsados inmediatamente de la tierra magnífica que les ha dado.

^P **23,1-16 Despedida de Josué.** En la composición unificada de este cuerpo histórico –la obra deuteronomista–, el redactor va poniendo en boca de personajes ilustres discursos de despedida antes de su muerte: empezó Moisés, le sigue Josué y continuará Samuel. Escritos en un estilo muy semejante, estos discursos tienen la función de recapitular los hechos precedentes y de abrir la historia al futuro.

Renovación de la alianza^q

(Éx 19; 24; Dt 29s)

24 ¹Josué reunió a las tribus de Israel en Siquén. Convocó a los ancianos de Israel, a los jefes de familia, a los jueces y escribas, y se presentaron ante el Señor. ²Josué habló al pueblo:

—Así dice el Señor, Dios de Israel: Al otro lado del río Éufrates vivieron antiguamente sus padres, Téraj, padre de Abrahán y de Najor, sirviendo a otros dioses. ³Pero yo tomé a Abrahán, su padre, del otro lado del río, lo conduje por todo el país de Canaán y multipliqué su descendencia dándole a Isaac. ⁴A Isaac le di Jacob y Esaú. A Esaú le di en propiedad la montaña de Seír, mientras que Jacob y sus hijos bajaron a Egipto.

⁵Envié a Moisés y a Aarón para castigar a Egipto con los portentos que hice, y después los saqué de allí. ⁶Saqué de Egipto a sus padres, y llegaron al mar. Los egipcios persiguieron a sus padres con caballería y carros hasta el Mar Rojo; ⁷pero gritaron al Señor, y él puso una nube oscura entre ustedes y los egipcios; después desplomó sobre ellos el mar, cubriéndolos. Sus ojos vieron lo que hice en Egipto. Después vivieron en el desierto muchos años. ⁸Los llevé al país de los amorreos, que vivían en Transjordania; los atacaron y se los entregué; ustedes se apoderaron de sus territorios; y yo se los quité de delante.

⁹Entonces Balac, hijo de Sipor, rey de Moab, atacó a Israel; mandó llamar a Balaán, hijo de Beor, para que los maldijera; ¹⁰pero yo no quise oír a Balaán, que no tuvo más remedio que bendecirlos, y los libré de sus manos.

¹¹Pasaron el Jordán y llegaron a Jericó. Los jefes de Jericó los atacaron: los amorreos, fereceos, cananeos, hititas, guirgaseos, heveos y jebuseos, pero yo se los entregué; ¹²sembré el pánico ante ustedes, y expulsaron a los dos reyes amorreos no con tu espada ni con tu arco; ¹³y les di una tierra por la que no habían sudado, ciudades que no habían construido y en las que ahora viven; viñedos y olivares que no habían plantado y de los que ahora comen.

¹⁴Por lo tanto, teman al Señor y sírvanlo con toda sinceridad; dejen de lado a los dioses que sirvieron sus padres al otro lado del río y en Egipto, y sirvan al Señor.

¹⁵Y si no están dispuestos a servir al Señor, elijan hoy a quién quieren servir: a los dioses que sirvieron sus padres al otro lado del río o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitan, que yo y mi familia serviremos al Señor.

¹⁶El pueblo respondió:

—¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para ir a servir a otros dioses! ¹⁷Porque el Señor, nuestro Dios, es quien nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la esclavitud de Egipto, quien hizo ante nuestros ojos aquellos grandes prodigios, nos guardó en todo nuestro peregrinar y entre todos los pueblos que atravesamos. ¹⁸El

^q **24,1-33 Renovación de la alianza – Muerte de Josué.** La gran jornada de Siquén, a la que se refiere el capítulo 24, no solamente constituye el acontecimiento más importante de todo el libro, sino que señala una de las fechas señeras de toda la historia bíblica, el nacimiento de Israel como pueblo. La asamblea de Siquén, presidida por Josué, tiene por objeto la conclusión de un pacto entre las tribus de Israel y el Señor. Entre las muchas aportaciones que han hecho los descubrimientos arqueológicos del siglo pasado para el mejor conocimiento de la Biblia, uno de ellos se refiere al tema del pacto o alianza. La luz en este caso viene de una colección de pactos encontrados en Hatusa, la capital del antiguo imperio hitita. Se distinguen dos clases de pactos: los pactos bilaterales de igual a igual, que eran los que hacía un emperador hitita con las grandes potencias del Medio Oriente; y los llamados pactos de vasallaje, que tenían lugar entre el soberano de Hatusa y la red de pequeños reyezuelos que poblaban la región. El pacto o alianza entre el Señor —soberano— y el pueblo de Israel —vasallo— parece estar calcado en buena parte sobre el esquema o formulario de tales pactos de vasallaje. En casi todos los pactos bíblicos podemos descubrir algunos elementos del formulario hitita; los elementos en el pacto de Siquén son los siguientes: el preámbulo (2a); el prólogo histórico (2b-13); la cláusula capital, en virtud de la cual las tribus se comprometían a servir exclusivamente al Señor (14-21); las cláusulas del pacto (25s); finalmente, se alude a los testigos (22.26s). Da la impresión de que en la asamblea de Siquén hay dos clases de tribus: las representadas por Josué, que profesan su fe en el Señor, y otras tribus, que siguen dando culto a otros dioses. La jornada de Siquén habría tenido, por tanto, como resultado que todas las tribus se comprometieron a no reconocer más dios que al Señor y este reconocimiento fue refrendado con un pacto. La alianza actúa en una doble dirección: vertical, en cuanto todos los clanes y tribus se comprometen a servir en exclusiva a Yahvé; horizontal, por cuanto la fe común crea automáticamente entre las tribus conciencia de solidaridad y de pueblo. Llama la atención la insistencia con que se repite la palabra «servir», catorce veces en total, de las cuales siete se encuentran en los dos primeros versículos (14s). «Servir» en sentido bíblico implica: fidelidad a la fe, servicio cultural y respuesta positiva a las exigencias de los mandamientos.

Señor expulsó ante nosotros a los pueblos amorreos que habitaban el país. Por eso también nosotros serviremos al Señor: ¡él es nuestro Dios!

¹⁹Josué dijo al pueblo:

–No podrán servir al Señor, porque es un Dios santo, un Dios celoso. No perdonará sus delitos ni sus pecados. ²⁰Si abandonan al Señor y sirven a dioses extranjeros, se volverá contra ustedes, y después de haberlos tratado bien, los maltratará y aniquilará.

²¹El pueblo respondió:

–¡No! Serviremos al Señor.

²²Josué insistió:

–Son testigos contra ustedes mismos de que han elegido servir al Señor.

Respondieron:

–¡Somos testigos!

²³–Entonces dejen de lado los dioses extranjeros que conservan y pónganse de parte del Señor, Dios de Israel.

²⁴El pueblo respondió:

–Nosotros serviremos al Señor, nuestro Dios, y le obedeceremos.

²⁵Aquel día Josué selló una alianza con el pueblo y les dio leyes y mandatos en Siquén. ²⁶Escibió las cláusulas en el libro de la ley de Dios, agarró una gran piedra y la erigió allí, bajo la encina del santuario del Señor, ²⁷y dijo a todo el pueblo:

–Miren esta piedra, que será testigo contra nosotros, porque ha oído todo lo que el Señor nos ha dicho. Será testigo contra ustedes para que no renieguen de su Dios.

²⁸Luego despidió al pueblo, cada cual a su herencia.

Muerte de Josué

²⁹Algún tiempo después murió Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, a la edad de ciento diez años. ³⁰Lo enterraron en el territorio de su herencia, en Timná Séráj, en la serranía de Efraín, al norte del monte Gaas.

³¹Israel sirvió al Señor mientras vivió Josué y durante toda la vida de los ancianos que le sobrevivieron y que habían visto las hazañas del Señor en favor de Israel.

³²Los huesos de José, traídos por los israelitas de Egipto, los enterraron en Siquén, en el campo que había comprado Jacob a los hijos de Jamar, padre de Siquén, por cien pesos, y que pertenecía a los hijos de José.

³³También murió Eleazar, hijo de Aarón. Lo enterraron en Guibeá, población de su hijo Fineés, que la había recibido en propiedad en la serranía de Efraín.